

**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE PERIODISMO**

25 HISTORIAS DE AMOR
(Amantes detenidos, desaparecidos y ejecutados)

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PERIODISTA

PROFESORA GUÍA: Faride Zerán
ALUMNA: Andrea Lagos

SANTIAGO DE CHILE
2001

ÍNDICE

Introducción **(págs 6-11)**

José Joaquín Valenzuela Levi y Avelina Cisterna:
RUBIO OJOS AZULES
(págs 12-21)

Raúl San Martín Becerra y Bélgica Castro:
KARATE LOVE
(págs 22-27)

Miguel Enríquez y Manuela Gumucio:
LOS BONNIE AND CLYDE CRIOLLOS
(págs 28 - 41)

Juan Manuel Ramírez Rosales y Nelly Berenguer:
AMOR Y MIR
(págs 42 - 46)

Francisco Juan González Ortiz y Matilde del Canto:
PANCHITO Y LA VIUDA
(págs 47 – 51)

Oscar Hector Bugallo Celuzi y Olga Reynosa:
UN CHE CHILENO
(págs 52 – 56)

Héctor Véliz Ramírez y Avelina Marihuán:

EL FLACO

(págs 57-61)

Plutarco Enrique Coussy Benavides y Mireya Adriana Véliz:

PLUTARCO

(págs 62-66)

Carlos Ramón Rioseco Espinoza e Hilda Espinoza Figueroa:

ME CASE CON UN CHANCHITO

(págs 67-72)

Luis Segundo Lazo Santander y Elisa Sepúlveda Lillo:

DORMIR CONTIGO

(págs 73-77)

Manuel Segundo Recabarren Rojas y Ana González:

LOS AMANTES

(págs 78- 83)

Ricardo Manuel Weibel Navarrete y Catalina Avendaño:

COLEGIALA NO SEAS TAN COQUETA

(págs 84-87)

Álvaro Miguel Barrios Duque y Gabriela Zúñiga:
LAS ESPINILLAS DE ÁLVARO
(págs 88- 92)

Edras y Orfilia:
SE FUE CON UNA RUBIA
(págs 93-97)

Jorge y Gladys:
JORGE Y GLADYS EN EL BOSQUE
(págs 98- 103)

Manuel Leonidas Guerrero y Owana Madera:
UN AMOR EN BUDAPEST
(págs 104-109)

José Devia Devia y Marta Góngora:
“MANDE MONSIÚ”
(págs 110 – 114)

Juan Antonio Gianelli Company y Ana Altamirano:
EL BAMBINO
(págs 115- 119)

Carlos Godoy Lagarrigue y Lola González:
EL DOCTOR GODOY
(págs 120- 124)

Teresa Izquierdo y Daniel Ríos Videla:

LOS SOCIOS

(págs 125 – 131)

Marta del Carmen Cano Vidal y Juan Soto:

NUESTRO TURNO

(págs 132 – 136)

Armando Portilla e Irma Arellana:

LADRÓN DE MARRAQUETAS

(págs 137 – 141)

Alfonso René Chanfreau y Erika Hennings:

EL MÁS GUAPO DE LA TOMA

(págs 142 – 148)

Cristián Varela y Erika Labraña:

EL ÚLTIMO DE LA LISTA

(págs 149- 153)

Silvia Vera, Alfredo García y José Carrasco:

MOTO PARA DOS

(págs 154 – 165)

Anexo:

SOBREVIVIENTES

Dos parejas torturadas, sólo dos mujeres para contarlo.

(págs 166 – 173)

EPÍLOGO

(pág 174)

INTRODUCCIÓN

Lo que sigue no es periodismo babeando en las afueras de los centros de poder. No está escrito con migajas de información. No obedece a comunicados oficiales, ni a autoridades, ni estadísticas. No le hace caso a informes sobre violación de derechos humanos, sin humanos con el derecho a informar su violación. Y lo que menos oyen estas historias de amor, son excusas mezquinas dadas en una Mesa de Diálogo sorda y ciega.

“No hablamos tanto sobre las armas nucleares como sobre el hecho de que el siglo XX ha perfeccionado una máquina total de muerte. Producir cadáveres es nuestra mayor tecnología”, dijo Richard Rhodes –colaborador de Esquire y cultivador del “Nuevo periodismo”- cuando escribió “La muerte todo el día”.¹

¹ Richard Rhodes, nacido el 4 de julio de 1937, se crió en Missouri. Gran parte de su obra es sobre el Medio Oeste. La violencia marcó la niñez de Rhodes. Su madre se suicidó cuando él tenía un año. Se mudó de pensión en pensión con su padre y su hermano y vagó por las calles de las ciudades. Pasó la adolescencia en un albergue de niños en las afueras de Independence, Missouri, donde aprendió

La máquina de matar de la que habló Rodhes la conocíamos primero en Chile, desde aquel 11 de septiembre de 1973 que nos era tan propio y que ahora le prestamos al mundo –con la caída de las Torres Gemelas– para globalizar el terror.

A esos muertos que nos heredó la dictadura militar de Augusto Pinochet, en las siguientes páginas, no se les tapa la cara con tierra. A sus vidas, sus sueños, sus dudas se les da rostro en cada una de estas 25 historias de amor, inconclusas por la muerte, la desaparición y la ejecución. Hablan Julietas y Romeos² sin cicuta que esperan la resurrección de sus hombres, hechos fantasma por la dictadura. Ellas y ellos sólo reclaman restos tangibles para poder dormir en paz y nada menos que justicia para limpiar una parte de la angustia anclada para siempre en sus cabezas.

agricultura, incluso a matar animales para la alimentación. Gracias a una beca, estuvo cuatro años en la Universidad de Yale.

² Todos los relatos de esta investigación pertenecen a mujeres, excepto uno. Fueron ellas las pusieron y manteniendo en su sitio La Memoria de un Chile olvidadizo. Para una inmejorable historia del Informe Rettig, remitirse a la “Crónica de la Transición” de Rafael Otano en su capítulo 11 titulado “Un Informe lleno de cadáveres”.

Los recuerdos que nos regalan estos amantes en sus diarios de vida orales, sin embargo, nos llenan de esperanza a pesar del dolor, porque al transformarse la voz en texto, la memoria se cuaja y se arma ese pedazo de historia tragado por bocas de lobos militares. Sin vacíos, la marcha del país avanza segura hacia adelante.

Y en ese paso, estas crónicas reviven a aquellos que flotan en el recuerdo de sus deudos. Con letras se reconstruye en parte el trozo de memoria faltante que nos arrancaron a jirones mientras dormíamos el “toque de queda”. El Chile de hoy es el resultado de ese rompecabezas al que le faltan piezas fundamentales y que estas amantes supieron rearmar para nosotros, la generación que nació en los días del horror³.

La invitación es leer los relatos de los testigos sobrevivientes, como trozos de la historia faltante del país⁴. Este trabajo es fruto de tardes enteras

³ El hijo de Miguel Enríquez nació en los días del Tancazo. Lorena Díaz, hija de Lenin Díaz nació en la URSS del exilio. Y Lautaro llegó al mundo cuatro años antes de la Operación Albania que se llevara a su padre.

⁴ Para quebrar con “la desmemoria que ha sido una constante en nuestro Chile (...) Encina habla de flagelaciones y torturas por parte de los balmacedistas, habla de la ‘sombria voluntad de la venganza’ de los antibalmacedistas después del fusilamiento de Cumming y de la matanza de Lo Cañas. Recuerda con mesura, partidario acérrimo de los ganadores, las venganzas y crueles desquites después del triunfo. En general, el silencio ha caído sobre la violencia de esa guerra”, Tomás Moulián en Chile Actual, Anatomía de un mito. (pág 151-153)

recolectando recuerdos y de insistentes visitas a la hora del té para pausar el tiempo y retroceder la película de la evocación. Y la escritura nació haciendo de médium con la pluma. La autora trató de ponerse en el pellejo de aquellos a los que escuchó. Incluso sintió sus miedos, y caminó por las calles de la dictadura, aún sin tener idea de lo que significaba ese tránsito, porque en ese tiempo –dada su corta edad- sólo veía monitos animados⁵. Los testigos le proporcionaron sus recuerdos –lo más valioso-, sus fotos, sus lágrimas, sus risas, sus casas como marco de una historia de Chile basada en lo cotidiano y sólo escribió por ellas. De esta forma se reconstruyeron los vacíos y se hilaron los tiempos. Así el presente se hizo con ese pasado que no está o que permanece teñido de púrpura en los baúles de la reminiscencia. Al final, se archivó la memoria y se resucitaron los muertos con más risas que la que el lector pueda imaginar, porque casi siempre los llantos no hicieron más que empañar los ojos para no permitir ver.

Desde esta perspectiva juguetona, estas “Historias de amor” nos dan luces para poder mirarnos a los ojos y reírnos de una alegría que nos

⁵ Veíamos “He Man”, para con su espada del augurio “ver más allá de lo evidente”. Llorábamos con una nórdica Heidi, la niña huacha que se quedó viviendo con el abuelo. En rigor, ni Heidi, ni su amiga lisiada,

prometieron⁶, pero que nunca vimos pasar por estos lados. Nuestras viejas y un solo viejo, en estas historias, nos cuentan los mismos cuentos que les narraron a sus nietos o a sus hijos, cuando reconstruyeron al padre (a la madre) o al abuelo (abuela) que nunca volvió a casa⁷. ¿Cómo se conocieron? ¿Cuántas veces fueron al cine? ¿Le gustaban los porotos? ¿Las flacas? ¿los huesudos? ¿Era hippie, punk o anarquista? ¿Terrorista? ¿Un pan de dios? ¿Rebelde con o sin causa? ¿Amante empedernido? ¿Machista? ¿Feminista? ¿Obsesivo? ¿Un tirano? ¿Demócrata quizás? ¿comunista? ¿nada? ¿no tenía idea política? ¿estaba metido hasta las masas? ¿Era dirigente sindical? ¿artesano? ¿un cabro chico jugando a ser grande? ¿un chileno? ¿un extranjero? Esta tesis encontró respuestas en las gargantas de quienes más amaron a esas mujeres y hombres detenidos, desaparecidos y ejecutados.

ni Pedro, tenían padres. Y varias veces nos quedábamos con ganas de monitos, porque a Pinocho se le ocurría poner cadena televisiva.

⁶ ¿Quién se acuerda de cumplir aquella promesa puesta en el slogan del plebiscito del 88? “Chile, la alegría ya vieneeee”...

⁷ “Run Run se fue pal Norte sin dar una señal, me dice que su viaje se alarga más y más (...) Que sí que esto que lo otro que nunca y además, que la vida es mentira y la muerte es verdad, ayayay” (Violeta Parra cuando su hermano Roberto se fue sin decir adónde).

Y para cumplir aún más con la promesa del rostro, se incluyen valiosas fotos -pedidas en préstamo desde los álbumes familiares- conservadas a pesar de los allanamientos y el miedo.

Con estas imágenes se completa la trama de esta investigación y se liberan los segundos de Historia capturados por el flash de una cámara atinada. Pase usted.

José Joaquín Valenzuela Levi

Y

Avelina Cisterna

RUBIO OJOS AZULES

Gracias a un manco y a la vergüenza que tuvo que pasar, la doctora Avelina Cisterna quedó frente al único rubio ojos azules que había en el galpón. Vestido de verde olivo, el chileno José Joaquín Valenzuela Levi venía llegando a Cuba de una instrucción militar que había recibido en Bulgaria. La doctora chilena, titulada en Cuba, recién se había separado de su primer marido así es que sólo andaba tirando una canita al aire. No, no, no, le dijo, bueno ya. Y al mes siguiente estaban viviendo juntos y al siguiente esperaban un hijo y al siguiente cobraron el pastel de bodas y las cervezas que Fidel les tenía guardadas.

Por Avelina Becerra.

Yo había ido a estudiar medicina a Cuba gracias a una beca que me dieron por ser hija de obrero. Estaba ya haciendo mi especialidad, cirugía, cuando llegaron unos oficiales del Ejército de infantería que se habían formado en Bulgaria, a unirse al grupo de chilenos que querían “derrotar la

dictadura militar de Pinochet” desde Cuba. Pensábamos nosotros que a ese tremendo aparato militar había que oponer otra fuerza semejante o más poderosa, por lo que cada uno estudió táctica, guerrilla urbana, guerra popular y en mi caso, medicina militar.

Pero aparte de armar nuestra revolución, que era lo más intenso e importante en nuestras vidas, también inventábamos fiestas que revolvían nuestra seriedad con ron y salsa para bailar. A una de esas reuniones llegué acompañada de “El Manco” que había perdido su mano en Nicaragua cuando un grupo de chilenos fuimos a ayudar a los sandinistas a derrocar la dictadura de Somoso. “El Manco” era arquitecto y quería a todas luces pinchar conmigo, “la doctora”. Yo le dije medio en broma, medio en serio, que a mí no me gustaban los morenitos como él, sino los rubios de ojos azules. Y “El Manco” para vengarse, buscó en todo el galpón a un personaje de esas características y me arrastró hacia allá: “oye, ella me acaba de decir que le gustan los hombres como tú” y dicho esto me dejó frente a uno de los militares que habían llegado de su instrucción búlgara. Éste, con ojos suplicantes me dijo ¿bailamos? Era que no. (Años después,

“El Manco” murió quemado en Blufil, Nicaragua, tratando de sacar a unos niños de un colegio que se incendiaba).

Yo, en medio de los bailes, le conté a “Rodrigo” (usábamos nombres como chapa) que venía saliendo de un primer matrimonio, que estaba separada, que tenía a la Millaray chiquitita –mi hija-, así es que no me tuviera miedo, porque la verdad, no quería involucrarme con nadie todavía. Todavía.

Y se vino el cumpleaños de la Juanita, excusa perfecta para festejar también el Día Internacional de La Mujer, fecha en que había nacido ella. Yo estaba en su casa, conversando con el sector femenino de la concurrencia, cuando de repente siento un brazo que me sacó enérgico a bailar. Era “Rodrigo” que en realidad se llamaba José Joaquín. De ahí para adelante empezamos a salir juntos, pero nada muy en serio. Por lo menos, eso creía yo.

Hasta que un día mi “pinche” llegó a la casa con su mamá que lo había venido a ver desde Suecia. Mi madre, casualmente, también estaba en

Cuba y sin decirle yo nada entendió que la cuestión se me escapaba de las manos y decidió poner la mesa con las mejores tazas para arreglar el nerviosismo con una rica once.

Y la cosa dio un vuelco más definitivo todavía cuando José me preguntó “¿qué va a hacer usted mañana?”

¿Usted?, me quedé pensando... él siempre me había tuteado y ahora salía con ese “usted” tan comprometedor. No había caso. El asunto iba en serio, así es que apenas se marcharon las visitas maternas, el “Pepo” trajo sus bártulos y se instaló en el departamento que me había asignado el gobierno en mi anterior vida de casada.

Pasados los días fui al grano. ¿Pepo vamos a tener hijos? Porque si usted quiere, yo me saco el dispositivo ahorita y en quince días más quedo embarazada. (Así era yo, fertilísima. Creo que hasta oliendo el churrín del Pepo igual hubiera quedado esperando). Y así fue. En el siguiente ciclo quedé lista.

Inventamos de una el matrimonio. Estaba todo el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en pleno y los invitados de la pareja amiga con la que juntamos las bodas. De esta forma, nos tocaron dos tortas y cuarenta cajas de cervezas de las que Fidel asignaba por matrimonio. Y como si fuera poco, los suegros de la otra pareja hicieron una ponche a la romana con jerez y champaña que no sé de adonde sacaron. Era un lujo ese traguito, así es que me aseguré con una copita que escondí detrás del televisor y cada vez que me cansaba de bailar, me iba a esta improvisada alacena. Claro, bebía si el Pepo no estaba mirando.

- Oiga, usted no puede tomar- me decía.
- Si un poquito no más- le respondía yo.

Pasados los festejos y a los cinco meses de embarazo, el Pepo se fue a Nicaragua a colaborar con el gobierno sandinista. Regresó cuando nació el Lautaro, estuvo quince días con él y volvió a marcharse. A los tres meses, un día miércoles lo llamé para decirle que yo viajaba con los niños el sábado, pero me frenó en seco, porque tenía algo que decirme.

“Quédese en Cuba, Avelina, me enamoré de una nicaragüense. Voy a viajar a anular el matrimonio”.

Le dije que se separara solo (en Cuba ese trámite es válido) porque yo me largaba de la isla ese mismo día. Tuve que pasar a Nicaragua a pedir pasaporte. Iba con un dolor inhumano en el alma. Llegué a Chile con mis dos hijos y las cosas no me iban mejor. No me querían validar el título, no encontraba trabajo por ningún lado.

Todo esto ocurría el 83. Al año siguiente la Millaray llega del jardín infantil con el cuento de que vio al tío “Rodrigo”.

- ¿Qué tío Rodrigo, millita?
- ¡ay mamá pues!, el papá del Lautu. El de bigotes, el de rulitos.
- ¿Millita y qué hicite?
- Lo seguí pero se me perdió.

Nunca, nunca más lo ví. Nunca una llamada, nada. Estuve a minutos y a cuadras de encontrármelo, pero sólo amigos míos lo vieron deambular por Santiago como un zombie.

En Chile estaba la tendalada. A mediodía asesinaron a Recareo Valenzuela en Las Condes. La matanza siguió en la Villa Olímpica y terminó en un paradero de micros en la calle Varas Mena. Ese día me quedé dormida pensando en los cinco muertos que informó Radio Cooperativa. A la mañana siguiente amanecí con siete nombres de muertos en la oreja, seguidos de la música característica de la única radio que transmitía lo que realmente pasaba en nuestras calles. Coooooperativa. Se me paran los nervios de sólo repetirlo. Y me fui al trabajo que había conseguido diciendo “menos mal que no conozco a nadie”. Iba pensando en eso mientras conducía el auto camino al jardín del Laut. Mi beeper sonaba insistentemente. Pedí teléfono para devolver el llamado y me dicen que hay un 99% de posibilidades de que uno de los muertos en la después llamada “Operación Albania” o “Matanza de Corpus Cristi” haya sido el Pepo que andaba con un nombre falso.

Y era.

Lo tomaron en Pedro Donoso, simulando un enfrentamiento. Cuatro añitos tenía el Lautu y yo no sabía cómo explicarle lo que había pasado con su papá. La familia de él, que estaba en Chile, me dijo cortante que “no había nada más que hacer” y que “los niños no se dan cuenta de nada”. Alguien me avisa que el sábado siguiente al feriado de Corpus Cristi, iban a enterrarlo por la puerta de Recoleta del cementerio. Llegué con mis hijitos y unos claveles. Había poquita gente y yo estaba detrás de todos, escondida. Una amiga me toma del brazo y me pone frente a su ataúd, diciéndome: ¡este es tu lugar! La gente lentamente se fue marchando y me quedé sola con los niños y con el papá del Lautu en un hoyo.

“Ahí está tu papá, hijo”. Y el Lautu se larga a llorar desesperado. Entonces me angustio de pensar en lo que le había dicho y le empiezo a explicar que mi papá también se había muerto cuando yo era muy niña. Y que estaba en ese hoyo y que cuando él quisiera lo podría venir a ver. ¡Las tonteras que le dije a mi hijo!

Luego llegamos a la casa de mi amiga y estaba allí su sobrina Javiera a quien el Lautu le confesó su dolor.

- Mi papá está en un hoyo.
- ¿Por qué?
- Murió de un balazo.
- ¿Quién lo mató?
- Los militares

El Lautaro había entendido mucho más que yo.

Raúl San Martín Becerra

Y

Bélgica Castro

KARATE LOVE

Raúl San Martín Barrera, nació en La Legua. Creció alimentado a pura harina tostada, vaciando su casa del agua que los anegaba cada invierno y viendo como su mamá se partía el lomo cada día por sacar adelante a sus seis hijos. Pero el "Chasca", como le decían en el barrio, no se vino abajo. Asumió el compromiso de sacar adelante a su población, tenía energía para repartir y a los 19 años ya andaba de dirigente de junta de vecinos y de marido de su "Equita" quien recuerda en esta crónica los dos meses que alcanzaron a estar casados.

por Bélgica Castro, su esposa

Lo conocí a los catorce años. Los dos vivíamos en La Legua, éramos de las Juventudes Comunistas y cooperábamos duro en los trabajos voluntarios para sacar adelante el Gobierno de la Unidad Popular. A él le decían el Chasca por que tenía el pelo muy largo. A mí me encantaba su pelo, igual que sus manos que siempre tenían olor a neoprén porque además se dedicaba a hacer zapatos. Ese olor me llama mucho la atención hasta hoy en día.

Una noche nos tocó ir a trabajar para elevar la producción de una fábrica. Ahí fue que nos enamoramos. No sé si se habrá elevado mucho la producción esa noche, pero nosotros nos pegamos un ataque y no nos separamos nunca más.

Nos casamos el 12 de julio del 73, claro que más que matrimonio la celebración parecía matiné infantil. Yo tenía 16 y él 19. No tomamos ni vino, brindamos con puro jugo en la casa de mis padres. Después nos fuimos a vivir a un campamento donde teníamos una media agua bien bonita.

El Raúl era muy regalón. Me decía "Eca", "Equita", me llevaba al cine Ducal o al teatro Antonio Varas y le encantaba andarme trayendo al *apa*, como un trofeo. Tenía un cuerpo muy lindo, bien formado porque practicaba karate. Entrenaba todos los días y andaba siempre con una pesas de plomo metidas en unos bolsillos especiales que tenían sus pantalones. Así, cuando se las sacaba, decía que era como volar.

En las mañanas, se comía unos tremendo platos de porotos con arroz que él mismo se preparaba la noche anterior. Decía que era para aprovechar mejor la energía. Y así debe haber sido porque era muy ágil, andaba todo el día moviéndose, trabajando en la junta de vecinos, inventando juegos para los niños.

Todos los sábados organizábamos actividades recreativas. Le gustaba entretener a los niños chicos porque sabía lo que era la miseria de La Legua. Su mamá tuvo que criar sola a sus seis hijos porque su marido los abandonó cuando Raúl era una guagua. Ella trabajaba afuera todo el día como cocinera o lavando ropa, así que fue su hermana Ruth, quien lo crió a punta de harina tostada. Casi no fue al colegio, a los siete años andaba

cuidando caballos o cargando carretas en la feria libre para ayudar en la casa. Más tarde aprendió un oficio. Se dedicó a hacer zapatos.

A los dos meses de casados se vino el golpe. La represión en La Legua fue enorme. Amanecían cuerpos tirados en las calles, casas quemadas, la gente desaparecía a montones. Andábamos de un lado para otro, viendo la manera de escaparle a la muerte que ya le había llegado a varios de nuestros amigos. Pensábamos irnos al extranjero, creíamos que allá Raúl podría estudiar, que era lo que él más quería. Hicimos bien todos los planes.

Decidimos que se asilara junto a otros cuatro compañero en la embajada de Argentina. Para mí era imposible saltar la tremenda muralla del edificio, la idea era que desde allá él intentara moverse para que yo me fuera también.

El día acordado fue el 10 de octubre. La noche anterior la pasamos en nuestra casa, fue la única vez que dormimos ahí después del golpe. Conversamos toda la noche planificando como lo íbamos a hacer, con

mucho temor, con muchas dudas, tratando de ponernos de acuerdo para el futuro.

Como a las 8 y cuarto de la mañana nos despedimos desde avenida Departamental con Vicuña Mackenna. A las pocas hora recibí una llamada anónima. A las nueve de la mañana investigaciones detuvo a los cinco compañeros detrás de la embajada de Argentina. Me dijeron que a Raúl le habían disparado. Nunca supe si lo hirieron.

Miguel Enríquez

Y

Manuela Gumucio

MIGUEL Y MANUELA: *Los Bonnie and Clyde criollos*

Miguel Enríquez y Manuela Gumucio estaban hechos de dinamita. Se amaban con locura y al mismo tiempo se odiaban. Manuela se moría por ver a Miguel, pero orgullosa le cerraba la puerta. Miguel se creía el mejor de los guerrilleros y olvidó su pistola bajo el colchón de Manuela. Juraron amor eterno. Al mes cada uno encontró una boca distinta. La que sigue es la historia de amor de unos insurgentes que pretendieron revolucionar el mundo, pero sólo consiguieron agitar sus propias vidas.

Por Manuela Gumucio

Dentro de mi grupo yo era considerada como la “mina rica” que hacía teatro y se aburría de sobremanera con la política. Me daban lata los partidos, a pesar de que mi padre –a quien yo amaba como a nadie- había sido senador, fundador de la Falange, y el primero a quien Allende saludó luego de su triunfo electoral. En mi casa era pan de cada día la sobremesa

untada con ideología. Tomando en cuenta lo anterior, me parecía que si a un hombre no le importaba la política era a todas luces un homosexual.

Además de mis prejuicios, yo creía con fervor que Chile era el mejor país del mundo. Entonces era joven y me autocomplacía con saberme inteligente, hermosa e influyente. Y aunque bostezaba con la política, ingresé igual al territorio de los hombres a opinar como ellos y tal vez un poco más fuerte. En esos años, terminé la carrera de periodismo en la Universidad de Chile y luego de fingir una fuerte depresión para repetir el examen de grado que había reprobado con nota uno, partí a Francia, con una beca que conseguí.

Un día cualquiera, mientras estudiaba en la televisión francesa, abrí un Le Monde y me topé con la noticia de que en Chile, mi país de los sueños, un grupo de guerrilleros había asaltado un supermercado. Me moría por saber algo más. La figura del Che flotaba persistente en Europa y en Santiago lo seguían con el ejemplo. Luego, para calma de la intriga mía, supe que mi amiga Carmen Castillo se había casado con Andrés Pascal, uno de los tipos que habían asaltado el supermercado. Yo la compadecí, no

por Pascal, sino por la institución a la que se había metido: el matrimonio. Me daban pena sus muebles, sus regalos envueltos en papel de novios en miniatura y esa vida de burgueses que habían escogido. Para colmos, la Carmen empezó odiar a su guagua. Odiaba también la clandestinidad que le había tocado como premio en su nueva vida.

Mi existencia también cambió de rumbo cuando volví a Chile. Me puse fome, estudiosa y seria. Leía como condenada y para remate, acepté un puesto como profesora de la Universidad Católica. La Carmen, en su languidez de casada, empezó a inventar cuentos para divertirse. Puso en boca de todos que yo le había dado un beso en la boca a Matelar, un semiólogo y sicoanalista que se dedicaba a analizar telenovelas y que se puso muy de moda en Chile. Por su puesto que era mentira, pero ella era mi amiga y yo le perdonaba todo, hasta sus fantasías más descabelladas.

Cuando Allende fue elegido presidente, lo primero que hizo fue amnistiar al grupo del MIR que había perpetrado el famoso asalto que yo leí en Le Monde. Con la Carmen compramos un par de cervezas y nos dispusimos a celebrar el acontecimiento. Íbamos en el segundo vaso

cuando llegaron siete hombres tremendos -más de un metro ochenta cada uno- riéndose al mismo tiempo con un vozarrón que retumbaba en la pieza. Uno de ellos era Miguel Enríquez. Yo me puse muy incómoda y en vez de compartir el resto de la celebración con ellos, partí donde mi sobrino de siete años.

Con mi abrupta despedida la Carmen inventó un cahuín. Me dijo que Miguel se había enamorado de mí y que por favor, le diera una oportunidad al líder del MIR. Fue la primera vez que yo creí en la posibilidad de que ella estuviera loca, pero le seguí el juego y le dije que si ese tal “Miguel” quería hablar conmigo de política, fuera a mi departamento de Victoria Subercaseaux, a las diez. Y llegó Miguel con una pistola enfundada en el cinto. Yo le dije que no podía haber nadie más ridículo y él, apuntando las fotos en las que yo aparecía junto a mi padre, contestó preguntando ¿Y tú eres hija de ese burgués? En esos tiempos no podía haber peor insulto que ser burgués, así es que me había dado la primera estocada. Después de no muchas palabras nos fuimos al grano, es decir, a la cama. Las cosas eran

así. Y cuando volvimos del cielo, me pidió el pasaporte porque necesitaban sacar gente al exterior. Y sin pensarlo dos veces, se lo pasé.

Yo tenía 27 años cuando Miguel se me tiró encima. Quedé deslumbrada con este subversivo de pelo negro y lacio. Era alto, pero yo lo veía como de tres metros. Para mí era enorme. Su cara era blanca, muy blanca. Y más pálido se puso cuando regresó por su pistola que había olvidado bajo mi cama. “No le cuentes a nadie que se me quedó la pistola”, me dijo. A esas alturas, yo ya estaba enamorada perdidamente.

Miguel cargaba siempre un maletín con una botella de ron y cigarrillos dentro. Nos reíamos. Mi personalidad avasalladora se vino al piso, porque yo estaba aterrada con esta bestia de la libertad. Nos metíamos al Hotel O’Higgins como clandestinos y hacíamos el amor toda la noche. En la playa, nos tirábamos por las dunas, y nos saludábamos en el aterrizaje con un beso de lenguas enarenadas. Intensos éramos ambos. Nos reíamos mucho. Se reía de él. Y yo de mí.

Siendo muy machista su esquema revolucionario, era muy femenino en su trato conmigo. Pocos hombres me han hecho sentir tan mínimamente aplastada como mujer. Discutíamos temas de igual a igual. Con política, arte y revolución nos llenábamos la boca.

Miguel anunció el Golpe de Estado. Me decía, preocupado, que el gobierno de Allende no iba aguantar la presión de la bota militar. Que esto iba a ser peor que Yakarta.

Siempre andaba escondido y me pedía que no le contara a nadie que lo había visto. Yo le contaba todo a la Carmen. Un día partió a Cuba y me prometió volver al mes siguiente, pero no apareció. Era la regla del juego, “éramos libres”, así es que imaginé el fin de la historia. A la semana siguiente me había enamorado de un ex cura que se quería casar conmigo.

Mientras, la Carmen desaparecía con un nuevo amor que nadie le había visto jamás.

Pasó un tiempo y se me vino la idea de entrar al MIR. Tenía que hablar con Pepone (José Carrasco) que era el encargado de los periodistas. Para mí, “conducto regular”, así es que como cualquier “aspirante” tuve que hacerme camino en el movimiento.

Un día, por lesear, dije “a lo mejor me caso con este cura”. Y al rato aparece Miguel.

- Manuela, ¡vístete que nos vamos a la playa! ¡Altiro! Tengo que contarte algo terrible: El amor de la Carmen soy yo.

Enmudecí siete segundos y luego le grité certera: tú y la Carmen son unos conchasdesumadre. Y no fui a ningún lado.

Yo creo que de ahí para adelante mantuvo una relación con ambas.

Pienso que un guerrillero no se podía permitir el verdadero amor.

Estoy segura de que yo fui el verdadero amor de Miguel Enríquez.

A las mujeres no nos podían llevar al horror porque éramos sagradas.

Estos revolucionarios no soportan la estabilidad, tienen mil mujeres, están en un período de total efervescencia. Nadie les puede pedir calma.

Tienen la muerte a la vuelta de la esquina.

Miguel tenía olor a libertad, a huracán, vivía a mil por hora.

Yo sufría horrores, quería desprenderme de él y él no me dejaba.

Me escondía en la casa de un tío desconocido y él me encontraba.

Me tomaba el pelo.

Y relanzaba una y mil veces esta relación.

Yo me escapaba, me iba fuera de Chile, me encerraba bajo siete llaves y él me encontraba en los lugares más raros.

“Ándate al tiro para tu casa. Juntémonos en 10 minutos más”, me decía por teléfono desde no sé qué escondite, porque su vida era de clandestino.

Cuando sabía que yo estaba furiosa, mandaba a su amigo Tito a preguntarme si lo podía recibir. Yo me moría de la risa con tanta seriedad. Miguel era súper tímido, la gente piensa que era un matón. Mentira. Yo fui a entrenamientos del MIR que eran un chiste. Hacían Tai Chi, jugaban a la pelota, se revolcaban en la tierra.

Cuando me quedé embarazada, Miguel se aterró. Era septiembre del 72. Yo estaba convertida en la personificación de la servidumbre humana y no podía pretender arrancar. Me echaron del departamento. Seguramente porque Miguel hacía mucho escándalo, llegaba a horas insospechadas, me silbaba como a una perra para que le abriera la puerta. Mi paciencia se había agotado. Estaba decidida a cortar con la relación, con la dependencia del carajo que no me dejaba vivir tranquila. Yo quería ser libre, como siempre había sido, pero me encontraba donde fuera. Era una pesadilla. No podía pararme con mis dos patas.

Sumida en tal depresión, se me fue inflando la guata con mi embarazo. Me invitó al zoológico y yo amurrada, tremenda de gorda, contestaba a sus preguntas con un sí, con un no. ¿Cuándo va a nacer?

Me dio un teléfono para que le avisaran el día del parto. Él nunca antes me había dado un teléfono, él era inubicable.

Y Cuando nació Marco – nuestro hijo- consiguió que lo dejaran pasar de noche a la Clínica Vitacura. Venía curado, porque había celebrado todo el día. Y muy emocionado, dijo que la güagüa tenía cara de Gumucio. Pero como un adivino, amenazó con que después a la güagüa le va iba a salir su nariz. Afuera de la clínica, el Tancazo.

Aunque se lo tenía prohibido, igual se iba a meter a mi casa. En Chile estaba la cagá. Había jurado por quinientava vez que no lo vería más. No le habría la puerta. Él forzaba lo que fuera y entraba. Quería acostarse conmigo. Se tiraba en mi cama y yo me quedaba en la pieza de al lado, sentada con mi güagüa. Ni cagando, murmuraba yo, como una vieja mañosa. Este huevón no me vuelve a agarrar nunca más, pensaba sabiendo que no era verdad.

SE VINO EL GOLPE

Me propuso que viviéramos juntos. ¿Por qué ahora? ¿por amor? ¿para utilizarme? Yo estaba *picá*. Quería y no. Me sentía feliz, pero transigiendo. De todas maneras la cuestión quedó en el aire.

La última vez que estuve con él, fue en el departamento de un amigo, otro ex cura con el que me había instalado. El Tito –su amigo- había ido a preguntarme como otras veces “si yo podía recibir a Enríquez”. Y luego le llevó el chisme a Miguel.

- No te imaginai el huevón que tenía a la güagüa en los brazos, le dijo Tito.
- ¡Qué es esto! Nadie tiene a mi hijo en sus brazos.

Y partió a supervisar lo que pasaba.

Estábamos dentro del horror más grande. Llegó disfrazado, peinado a la gomina, con anteojos en la cabeza. Estábamos todos súper nerviosos. Después del golpe nos vimos sólo tres veces más.

LA ÚLTIMA VEZ

La consigna era que si él no bajaba del auto, era porque nos venían siguiendo. Yo me estacionaba en un lugar, ellos llegaban, dábamos una vuelta y seguíamos. La última vez que vi su cara fue por el retrovisor, porque no pararon. Nos venían siguiendo. Dimos tres vueltas a la manzana y ahí se acabó, porque me tomaron presa a mí y luego me echaron de Chile y me mandaron a Francia. Miguel me mandaba cartas camufladas en lápices BIC o en cigarros. ¿Cómo está el niño? Que no me fuera a Cuba, que él algún día esperaba salir, que nos íbamos a encontrar. Sólo llegó su hermano a París. Un día mataron a Miguel, me lo dijeron por teléfono. Siempre dijo que se iba a morir a los 30 años y se murió.

Un mes antes supe que Miguel estaba viviendo con la Carmen y que ella estaba esperando un hijo suyo. Eso era un secreto. Nunca les he tenido

ningún resentimiento. Yo era una loca. Ese hijo nació enfermo y murió al poco tiempo.

¿Por qué lo amé?

No sé, uno nunca sabe porqué ama.

JOSÉ MANUEL RAMÍREZ ROSALES

Y

NELLY BERENGUER

AMOR Y MIR

Luego de escuchar Rock and Roll toda la noche y hacer el amor como gatos José Manuel y Nelly tuvieron que despedirse. Habían llegado a su departamento el guatón Romo, Basclay Zapata y Morén Brito. “No te preocupí, cabro si es una diligencia de rutina, abrígate eso sí”, le dijo uno de los tres. Mientras a Nelly se la comían los nervios, escondía en su vagina un papel que su marido le pasó antes de abrirla la puerta a los CNI. Cuando se fueron, sin abrirlo el papel, lo tiró w.c. abajo.

Por Nelly Berenguer, su mujer.

La primera vez que vi a José Manuel llevaba puesta una chupalla en la cabeza y estaba sentado en la cima de un cerro en Renca. Ambos éramos del MIR y ese día nos tocaba entrenar. Partimos con tiro al blanco y terminamos jugando ping-pong en la casa de un compañero.

En esos tiempos ninguno sabía el nombre del otro. Yo era “Ángela” y José Manuel, “Moisés”. Entre los dos había un mundo de diferencias. Yo

venía de La Reina, él de Renca. Yo no decía garabatos, ni usaba bototos y me bañaba todos los días. Pepe era el hombre fuerte del MIR, mantenía su casa, y empuñaba con firmeza la escopeta, cuando era necesario. Yo creía que para ser revolucionario no necesariamente había que ser chascón, pero tampoco quería hacer guardia hasta muy tarde en las tomas de terreno. Así es que por eso empezaron las peleas. Los gritos. El choque de fuerzas entre el líder del MIR y la “aspirante”.

Pasó un año de tiras y aflojas y una noche cualquiera, después de repartir panfletos en una fábrica hasta las dos de la mañana, me asaltaron cuando regresaba a mi casa.

Desde esa tragedia, Pepe no dejó que volviera sola a casa. Penitentemente, cada noche me dejaba en la puerta y se iba, o cuando era muy tarde, se quedaba en el sillón. Pasaron dos meses y como no se atrevía a darme un beso, vine yo y se lo di. Tuve que enseñarle varias técnicas, porque nunca había pololeado. En las asambleas jugaba con mis rulitos y me tomaba por atrás. Al mes, me pidió que nos casáramos. Yo le dije que sí y empezamos a juntar pesitos en una libreta de ahorro de la CORHABIT,

para que nos dieran una casa. Cuando nos prometieron que nos iban a dar un departamento en La Bandera, fue a pedir mi mano. A mis papás no les quedó alternativa, pero exigieron que ambos siguiéramos estudiando.

Como yo no era cristiana y Pepe sí, acepté casarnos por la iglesia, pero no en un altar, sino en la casa y yo vestida con minifalda. El cura Juan –que era del MIR- nos iba a casar, pero como tampoco le habíamos dicho nuestros nombres verdaderos no pudo llegar, así es que nos casó otro cura del MIR, el Lucho, que también se casó dos meses después.

Armamos nuestra casita con un comedor viejo que arreglamos entre los dos y con un colchón que nos regalaron. Cada mes que pasaba, Pepe cruzaba los dedos para que a mí no me llegara la regla, pero me llegaba. Hasta que un día en una carpa instalada en una toma de terreno, concebimos el sueño de Pepe, un hijo. Nos inscribimos en un clínica donde había que ahorrar mes a mes para pagar el parto. Pintamos sábanas con moldes cortados en papa cruda, hicimos carteras, billeteras y chaucheras de cuero que Pepe vendía por ahí. Pagamos la clínica y nos fuimos contentos con nuestra güagüita en los brazos.

Pero lo feo no tardó en venir. Habíamos ido de paseo a la casa de mis papás y el día 11 de septiembre cuando quisimos sintonizar la radio del MIR, no pudimos. Algo raro pasaba. A las 8:30 Pepe partió al centro. De allí llamó desesperado porque vio a los militares en la calle y, asustados, quedamos en que al otro día nos juntábamos en la casa para quemar cuanto hubiera de comprometedor. Toda esa noche quemó papeles en el baño y al día siguiente se fue. Yo tomé una maleta y me encaramé a la citroneta de mi papá con nuestro hijo y regresé a la casa sólo cuando las cosas se habían calmado un poco. Pero no se calmaron. Después de dos allanamientos, en Julio de 1974 nos encontraron, retozando luego de hacer el amor. Pepe, pálido, me abrazó, besó a la güagüa y se lo llevaron.

Francisco Juan González Ortiz

Y

Matilde del Canto

PANCHITO Y LA VIUDA

La casa de Matilde cobija secretos que sólo ella conoce. Es una casa donde circula la magia de la artesanía, los conejos, las plantas que brotan por el tejado y los ruiseñores que entonan una canción en pajarístico. Esa misma vivienda un día tuvo otro dueño de casa, no un artesano, sino un niño que se portó como hombre y que alegró la vida de una costurera viuda con dos hijos a su haber. Francisco Juan González Ortiz tenía 27 cuando se lo llevaron desde el pasaje donde vivía y donde se desarrolló este idilio sin parangón.

Por Matilde del Canto, su esposa

Les voy a contar mi historia de amor.

El Pancho era un niño de trece años y yo una viuda de diecinueve que tenía dos hijos. Para mantener a mis niños cosía durante doce horas diarias, unas piezas de tela que me encargaban de una fábrica. Me amanecía para ganar más plata. A mis hijos los dejaba en un corral porque

en ese tiempo no existían los jardines infantiles. Cada vez que el Pancho salía de la escuela se iba para mi casa, porque según él, le gustaba jugar con los «niños chicos». Decía eso como si él hubiera sido ya grande.

Pasado un tiempo tuve un pololo que me invitaba a salir. Cuando le decía al Pancho que iba a ir a una fiesta, era él quien escogía el vestido que me pondría y el peinado que debía usar.

- Señora Matti ¿a qué hora va a llegar?... Para esperarla - me preguntaba.
- ¿Cómo me vas a esperar Pancho?!! Yo voy a llegar tarde- le respondía.
- Es que yo no me voy a quedar tranquilo si no sé si ha llegado bien- me decía.

Cuando regresaba a casa, ahí estaba el Panchito esperándome para preguntar cómo me había ido. Un día mi pololo me dijo que tuviera cuidado con ese niño, que ya era un hombre y que me miraba con otros ojos. Yo me enojé con él y le grité que estaba loco, que cómo se le ocurría semejante barbaridad.

Pero así era. El Pancho había crecido y los poemas que me leía los recitaba mirándome a los ojos y yo ya no podía hacerme la tonta, pensando que se los escribía a alguna compañerita de curso, de esas que le mandaban recados conmigo creyendo que yo era su tía.

Un noche de Año Nuevo me dijo: Señora Matti, yo quiero que usted sea mi señora Matti, yo estoy enamorado de usted. Yo la amo.

Yo no podía creer que me estuviera diciendo eso. Yo le decía que estaba loco, que yo tenía dos hijos, que tenía siete años más que él y que se olvidara del asunto. No podía ser.

Pero él nunca se alejó de mí. Con el tiempo, las diferencias se fueron atenuando y él insistió.

- Mire, señora Matti, yo ya soy un hombre, estoy trabajando y puedo mantenerla a usted y a sus dos hijos. ¿Quiere casarse conmigo?

- Sí, Pancho, quiero.

Y con un beso nos prometimos estar juntos para toda la vida, hasta que la muerte nos separara.

Oscar Hector Bugallo Celuzi

Y

Olga Reynosa

UN CHE CHILENO

El argentino Oscar Hector Bugallo Celuzi se vino a Chile en septiembre de 1973 a defender el gobierno de Allende de la irrupción militar, pero la milicia lo envió de vuelta en noviembre de ese mismo año, asesinado con una herida de bala en la oreja y otra en el pecho. El año pasado su pareja buscó en Chile antecedentes que explicaran lo que pasó con Bugallo para poder completar su historia de amor trunca por una ejecución. Esta foto fue la última que se sacó junto a Oscar, el día que éste partió en tren rumbo a Chile.

Por Olga Reynosa, su mujer

Conocí a Oscar un día domingo. Aunque ambos trabajábamos en las Villas Miseria de Argentina, nunca me había cruzado con el famoso “Oscar, el chileno”. Ese mote le habían puesto porque en su primer viaje a Chile -a los 24 años de edad- se encargó su lengua de olvidar el acento

porteño y aprender los modos y dichos de “su” nuevo país, ubicado allende Los Andes y con Allende presidente.

El mismo día que nos conocimos lo invité a comer a mi casa. Mi madre tenía un succulento menú de tallarines que ella misma fabricaba y que uno se relamía de lo ricos que le quedaban. Y mientras enrollábamos pasta casera en los tenedores, tejíamos con Oscar esos sueños que nos esperaban después de ese amor a primera vista. Nunca más nos separamos por nuestra voluntad.

Mi padre era gendarme y tenía un carnet de la triple A. Con Oscar discutían, a veces, pero se respetaban en sus diferencias ideológicas.

Oscar fumaba cigarrillos negros, yo no cocinaba, comíamos cualquier cosa.

En 1973 se volvió loco. Apenas sucedió el Tancazo empacó su dos únicos pantalones, sus dos únicas camisas, sus dos únicos calzoncillos y su par de calcetines, (el otro par lo llevó puesto) en esa mochila que parecía su

otra espalda porque la llevaba a todos lados. No pude ir porque con mi acento nos ubicarían de inmediato y en Chile era preciso andar a tientas, “susurrando casi”, decía Oscar. Fuimos a despedirlo su abuela Dora, su hermana Mónica, su sobrina Yamila y un amigo suyo, Juan.

A los días nos envió una carta en clave: “Que suerte que Pinochet nos salvó del comunismo”. Pedía con urgencia “heladeras de buena calidad”. (Necesitaba armas). Su última carta la recibimos después del Golpe, en ella nos decía que estuviéramos tranquilos, que él se las arreglaba bien.

Pasaron dos meses sin saber de él hasta que “El Mundo” publicó el siguiente titular:

“AGUARDAN LOS RESTOS DE ARGENTINOS FUSILADOS”

“Llegarán mañana a Retiro los cadáveres de Bugallo, Konoba y Lacorte Han sido ya embarcados con rumbo a Buenos Aires los cadáveres de tres víctimas de la Junta Militar chilena (...) Los sarcófagos vienen a su vez embalados en cajones de madera y serán trasladados a nuestro territorio por el Ferrocarril Trasandino. Los funcionarios argentinos que

intervienen en esta tramitación declararon que les había sido imposible identificar los cadáveres 'por su avanzado estado de descomposición', pero las primeras informaciones sostienen que corresponden a los cuerpos de Oscar Bugallo, Teodoro Konova y Miguel Angel Lacorte.

“Mientras, la representación consular argentina en Santiago de Chile prosigue las actuaciones legales, por la falta de garantías judiciales -en especial la inviolabilidad de la defensa en juicio- suponiendo que las ejecuciones hayan sido resueltas mediante procesos”.

Nada supe de procesos ni leyes de amparo después de que el cuerpo de Oscar fue encontrado frente al Templo Votivo de Maipú con una herida de bala en la oreja y otra en el pecho. Sólo una carta enviada desde Perú por un compañero que afirmaba haber estado con Oscar en octubre del 73 en el Estadio Nacional. ¿Hay algún otro chileno que me pueda explicar lo que pasó con mi amado Oscar?

Héctor Véliz

y

Avelina Marihuán

EL FLACO

Un día 15 de diciembre de 1976 Héctor Véliz Ramírez salió de la casa y nunca más volvió. En El Mercurio publicaron que se había ido con otra mujer y que nuestra madre ya tenía un reemplazante. Nada más lejos de la verdad, porque hasta el día de hoy ella sigue enamorada y fiel. Ese día miércoles nosotros lo esperamos como siempre, pero se hizo de noche y no podíamos aguantar más despiertos. Éramos chicos y a la mañana siguiente teníamos que ir a la escuela. Nunca más llegó. Tuvimos que aprender a comer charcán (harina tostada, aguacaliente y cebolla frita) porque nuestra madre, se vio en la obligación de trabajar por dos para mantenernos. Van 24 años sin el flaco. Aquí va un retrato del tiempo que duró con nosotros.

Por Avelina Marihuán y sus hijos

Cuando el flaco llegaba del trabajo a la casa, entraba tres veces. Tenía que hacerlo porque cada uno de nosotros, sus hijos, quería abrirle la puerta por primera vez y saludarlo en forma exclusiva. Así, a eso de las siete, se iniciaba la espera detrás de la puerta para sortearnos el saludo y comérmolo a besos. Era sagrado que a fin de mes llegara con un paquete de maní confitado para cada uno.

Otra cosa que le gustaba era llevarnos a pasear y sacar fotos que luego coloreaba con lápices scriptos. Cuando vino por primera vez el circo ruso de Moscú, nos llevó a la presentación que se hizo en el teatro Caupolicán. También nos invitó a una concentración de la UP de la que llegamos golpeando tapas de ollas con una cuchara y cantando “¡¡¡El pueblo, unido, jamás será vencido!!!”. Al regresar del callejeo, no había ocurrencia mejor que sentarnos en las piernas del flaco para ver “Música Libre”, “Scooby Doo” o “Tom y Jerry”.

La historia del flaco se remonta al tiempo de las salitreras. Él había nacido en una familia numerosa de Coquimbo, por la que tuvo que ingeniárselas para ganarse la vida por sí solo. Ejerció de jornalero, operador de grúa y carnicero a los 14 años. También vendió el pan que amasaba su mamá y fue ayudante en una pulpería de la Salitrera Mapocho.

En esos mismos tiempos, construyó un buque de lata para instalarse con maní tostado y confitado. Después tuvo que vender su negocio para curiosidad de nuestra madre que siempre quiso saber cómo era la obra de arte que había hecho su marido cuando era soltero. (Iba a ver el buque manicero que tenía nuevo dueño, pero cuando llegaba ya se había ido a otro lugar. No hubo caso, nunca lo conoció.)

Al que sí conoció –menos mal- fue a nuestro padre. El flaco se vino a Santiago con un amigo que había ido al norte por el servicio militar. Ese amigo le ofreció un puesto en una feria de verduras para que se instalara con sandías. Por su parte, nuestra madre, viajó desde Temuco para trabajar en la capital. Ella se quedaba en la casa de unos tíos que la mandaban a la feria a comprar sandías. (Cuentan las malas lenguas que iba sus tres veces a

buscar del fruto prohibido). Así, entre postre y postre, entre calá y calá, nuestros padres se hicieron amigos. Y luego pololos, para desconcierto de los tíos de nuestra madre que no podían ver al nortino, aunque él le hubiera enseñado a escoger las frutas maduras, “esas que suenan como tambor”.

Cuando se casó con el flaco -lo supimos por una comadre luego de que el secreto fuera celosamente custodiado por años- se demoró tres horas en llegar a la fiesta de matrimonio. Ya todos estaban aburridos y habían empezado a comer con la cara larga por la ausencia de los novios. Pero cuando llegaron -con las ropas medio desordenadas- en vez de bailar el sobrio vals, se entonaron con una cueca bien zapateada. Tenemos una foto como prueba del folklórico baile nupcial.

Las fotos abundan en nuestra casa: aparte de las pintadas por el flaco están las que le tomaban a él en las salitreras. Hay un álbum entero dedicado al flaco, entre ellas, ésta que les mostramos, en la que donde aparece en el puesto de verduras y sandías donde conquistó a su Avelina Marihuán.

Plutarco Enrique Coussy Benavides

y

Mireya Adriana Rivera Véliz

PLUTARCO

Plutarco Enrique Coussy Benavides, Cédula de Identidad 81. 351 de Melipilla, casado, 32 años al momento de la detención. Vivía junto a su mujer y sus tres hijos en el Campamento Rayenco de la Central El Toro donde ejercía como mécano de montaje para ENDESA. Plutarco amaba a su mujer y estaba obsesionado con el color rojo. Quería teñir todo de ese color e incluso la ropa que le regalaba a Mireya era colorada. Hoy su mujer viste luto riguroso.

Por Mireya Adriana Rivera Véliz, su esposa

Mi esposo, Plutarco Coussy leía mucho. Pasaba leyendo. Era muy instruido. Todas las ideas políticas que tenía, se las había hecho a puro estudio. No sé cómo se fue a fijar en alguien como yo. Era muy buen mozo. Cuando lo conocí, yo usaba dos trenzas. Nos conocimos en Potrerillos. Yo no era de allá, él tampoco. Yo había ido a trabajar, a ganar plata, porque mi mamá era bien humilde. Me había hecho la idea de que tenía que puro ir a trabajar, que no podía lesear.

Me quedé en la casa de una tía. El esposo de ella era entrenador de básquetboll y uno de sus alumnos era Plutarco. Despues de los partidos se iban para allá a tomarse unas bebidas. A él le gustaba la Bilz.

Me miraba, me miraba. Yo también lo miraba, pero no le hablaba nada, porque lo que tenía que hacer yo, era trabajar. Trabajar y trabajar. Pero él era muy buen mozo y un poco puntudo.

Un día yo fui al cine. Me gustaba andar sola. No me daba vergüenza. Fui y me metí al cine. Era una película de Warren Baten, no me acuerdo cuál. Cuando salí del cine, media encandilada por la luz, se me acercó

Plutarco y me preguntó si podía acompañarme. Y ahí empezamos a pololear.

Claro, el trabajo se fue a las pailas. Nos casamos.

Le gustaba el color rojo. Todo lo quería de ese color. Estaba postulando -en una cooperativa para trabajadores que inventó Allende- para obtener un auto. Soñaba con una renoleta roja. Yo le decía que le iba a salir una celeste y él dale que no. Era fanático.

Le encantaba cuando yo me ponía vestidos colorados y rouge. A mí no me gustaba mucho. Tampoco me gustaba el pelo largo, pero me lo dejaba hasta la cintura, porque a él le gustaba mucho. Yo lo amaba.

Una vez que volvió del pueblo -nosotros vivíamos en el campo- me vistió de pies a cabeza, de color rojo: Trajo un paquete arreglado con papel de envolver celeste y amarrado con pita blanca. Me acuerdo muy bien del paquete. Lo había puesto sobre la mesa de la cocina, que estaba cubierta con un mantel desteñido de hule. Alguna vez ese mantel había tenido flores

estampadas. Ahí encima dejó el paquete. Yo lo abrí. Lo rajé, mejor dicho, y saqué mi regalo. Era un vestido precioso que se amarraba con un cinturón de hebilla dorada. También venía un abrigo y unos zapatos, adivine de qué color.

Cuando lo desaparecieron los milicos, nunca más me puse ropa roja. Ni me pinté los labios. Nunca más.

Y me corté el pelo. Ahora lo tengo cortito.

Carlos Ramón Rioseco Espinoza

e

Hilda Espinoza Figueroa

ME CASÉ CON UN CHANCHITO

Carlos Ramón Rioseco Espinoza era uno de los “Tres Chanchitos” que se juntaban para estudiar las corrientes ideológicas que se gestaban en el mundo. Hasta que un día, “Los Tres Chanchitos”, que en verdad eran cuatro, fueron llamados por Miguel Enríquez para integrar las filas del MIR. Y de ahí para adelante, el estudiante de odontología que prefería las poblaciones a las clínicas privadas, se puso a pensar su propia revolución. Pero corría el año 1973 y las ideas cortopunzantes no se permitían en Chile, por lo que Carlos tuvo que andar de clandestino robándole besos esporádicos a su mujer y a su hijo cuando se citaban en algún rincón. En este relato, Hilda Espinoza hecha andar las palabras de su inquietante historia de amor.

Por Hilda Espinoza Figueroa, su esposa

Carlos y yo éramos primos. Corríamos como locos en La Plaza de Chiguayante, yo vestida con vuelos y él de pantaloncitos cortos. Nos dimos varios porrazos con aterrizaje de rodillas sobre los cascajos que estaban desparramados por el suelo. Y a pesar del dolor, reíamos a gritos y seguíamos jugando en el bosque, mientras un lobo imaginario salía a comernos cuando terminaba de ponerse el sombrero y afilar el cuchillo.

De Chiguayante bajé hasta el fin del mundo. A mi padre lo habían trasladado a Punta Arenas, así que por años no nos volvimos a ver. Cuando nuestras familias se encontraron nuevamente, algo pasó. Sonaban en la radio los temas de la Nueva Ola y los ojos de él me atravesaban distinto. Carlos me hablaba de Marx, de Lenin y de Saint- Exupéry, yo le respondía con conversaciones sobre la revista “Ritmo”, el último tema de Palito Ortega o las campanas del amor de Leonardo Favio. Y a pesar de que se burlaba de mis telecebollas, igual me regalaba una rosa, como dice la canción.

Yo era una niña criada por monjas, hábil para bordar y en un futuro cercano, maestra de guisos caseros. Él me abrió los ojos. Me sugirió

averiguar sobre la Rerum Novarum y el Concilio de Trento, leer a Neruda y a San Agustín y además aprender a sacar conclusiones de las editoriales de los diarios.

Un buen día, entre lectura y discusión, sentí algo que se movía en mi vientre. Fuimos al médico y salió positivo el resultado del pronóstico. Era mi primer año de universidad, así que mis padres pusieron el grito en el cielo y para colmos de ellos, el padre de la criatura era su propio sobrino, o sea, mi primo. Ofrecieron un aborto, pero no quisimos. Tendríamos a nuestro hijo o hija como fuera. A los días sorteamos quién elegiría finalmente el nombre, de los muchos que ya habíamos seleccionado: “Eldegarden”, “Azucena”, “Esteban”, “Rodolfo”, “Wenceslao”.

Pesó tres kilos cien y midió 50 centímetros. Yo gané el sorteo, así que lo bauticé Esteban Rodolfo. Con la crianza tuve que congelar un semestre de Universidad, tiempo que dedicaba, además de preparar la mamadera de mi guagua, a cocer banderas del MIR, a marcar estencil y a redactar panfletos. Carlos era miembro del grupo universitario “Los tres chanchitos”, quienes se dedicaban a estudiar y a preparar ideológicamente

una posible revolución. El día que nació nuestro hijo, Carlos y los otros chanchitos habían sido llamados por Miguel Enríquez para integrar el MIR. Según Carlos, la guagua había venido con la marraqueta bajo el brazo, porque no era cualquier cosa entrar al MIR. Sólo unos pocos eran los elegidos.

El día del Golpe mis suegros pusieron bandera. Nosotros vivíamos con ellos, pero el once yo salí cascando con mi hijo de esa casa. Mi madre, que también era promilitar, nos acogió. El 10 de septiembre Carlos no había llegado en la noche, sino a las ocho de la mañana a cambiarse ropa para salir de nuevo y andar de clandestino de ahí para adelante.

En clave, acordamos juntarnos en Santiago. Tomé el famoso tren japonés, adquisición resiente de Ferrocarriles del Estado, y me bajé en la última estación del recorrido. Paseamos como dos ciudadanos comunes, sin miedo, anestesiados por el amor y la alegría de vernos algunas horas en paz. Altaneramente, fuimos a dar una vuelta por La Moneda destruida. Aún se veían las balas incrustadas en el Palacio de Gobierno. Mirábamos de reojo y hacíamos como que no nos importaba el desastre.

Al despedirnos, las citas se hicieron cada vez menos frecuentes. Hasta que un día en Rancagua, yo supe que era la última. Montamos al Esteban en el “Poroto” y le sacamos una foto con un sombrero de huaso que le compró Carlos. Y cuando llegó la hora en que tenía que marcharse, se subió a una micro y antes que partiera, sacó la punta de su dedo por entremedio de la goma que sellaba la puerta trasera y la juntó con la yemita de nuestro hijito. La micro se fue y el teléfono nunca más sonó. Esta foto que les muestro, es la única en que salimos los tres juntos.

Luis Segundo Lazo Santander

y

Elisa Sepúlveda Lillo

DORMIR CONTIGO

El 15 de diciembre de 1976, a las tres de la tarde, Luis Segundo Lazo Santander terminaba de comer unas “guatitas al tomatacán” que había preparado su esposa. Luego del almuerzo, ayudó a retirar los platos, se lavó los dientes y salió para “juntarse con unos compañeros”. Pero a una cuadra de su casa, en la calle Catamarca de la comuna de Quinta Normal, dos militares jóvenes lo detuvieron para maniatarlo y subirlo a patadas a un furgón color verde oscuro. Una vez que el vehículo se perdió de vista, entre el polvo de calles sin asfalto, una vecina le avisó a Elisa Sepúlveda, que se habían llevado a su marido.

Por Elisa Sepúlveda Lillo, su mujer

Ese día preparé guatitas con tomate, cebolla y huevo, porque al Lucho le encantaba ese menú. Desde hacían días que deseaba “guatitas con tomatacán” y como mi cariño empezaba por el estómago, le di en el gusto. Mientras almorzábamos trataba de estar contento, pero yo de reojo, le noté una preocupación cruzándole la mirada. Cuando acabamos el causeo,

ambos levantamos los platos y mientras yo los lavaba, él se escobillaba los dientes.

Desde que me desaparecieron al Lucho nunca más nadie ocupó su cama. Durante los 22 años que viví con él, por comodidad tratamos de dormir en catres separados, pero no nos resultó mucho, porque nos juntábamos bien seguido por las cuestiones del amor y para calentar mis pies helados. Cuando me pasaba a su colchón, era como ir de visita a su país de seda amarilla, donde me acurrucaba con un señor calentito y veinticinco años mayor que yo.

Conocí al Lucho en el Sindicato de Chilectra, lugar que nosotras, las hilanderas de Chiteco, usábamos para las asambleas de trabajadoras. En ese galpón entablamos nuestra primera conversación y de ahí para adelante seguimos con el pololeo que duró cerca de dos años. Pero no todo era sindicato. También salíamos a tomar té al centro, con pasteles, berlines y torta helada en el Café Paula. Lo pasábamos bien, aunque yo no era muy entusiasta con las salidas, porque mi madre estaba enferma y luego que ella murió, tuve que hacer yo de mamá para mis hermanos, así que me remordía

la conciencia andar tirando canas al aire. Una vez fuimos a ver una película al Teatro Plaza y antes de entrar a sentarnos, ya estaba arrepentida.

Yo creo que al Lucho le atraía el movimiento sindical, porque había sido minero en el norte y porque su niñez no fue un juego fácil. Quedó huérfano de madre y su padre –minero también- tenía que dejar a su hijo con las vecinas para poder ir a trabajar. Así, el Luis rodó de casa en casa, enterándose de las cuitas de diversas familias obreras que sin proponérselo, le enseñaron a remojar el duro pan del sudor, cuando le ofrecían té hecho con azúcar quemada.

Para Luis, su vida era la lucha sindical. Hizo poemas dedicados al obrero y sonatas a su mujer hilandera de Chiteco. Viajó a montones, pero a mí sus ausencias no me gustaban mucho, porque me quitaron días preciosos junto a él. De Bolivia me trajo dos anillos de oro peruano y de Moscú, una muñeca rusa que hoy duerme conmigo pero ni siquiera me entibia los pies.

Esta foto es la única que tengo en mis manos y que les puedo mostrar, porque el resto está en el Instituto Médico Legal para ayudar a

identificar los restos de Luis que posiblemente estén en Cuesta Barriga, junto a los de otros doce dirigentes sindicales. Mi marido fue el último preso de ese grupo.

Manuel Segundo Recabarren Rojas

y

Ana González

LOS AMANTES

Manuel Segundo Recabarren Rojas, vivía en Los Cantares de Chile, trabajaba como prensista y de tanto en tanto, invitaba a su mujer a un motel clandestino para jugar con fantasías extramaritales. Era bueno para los besos con lengua y para apretar a su mujer hasta sacarle quejidos. A Manuel le apasionaba también el sindicato, la lucha obrera y los trabajadores, por eso los militares lo borraron del mapa cuando empezaba a vivir otro medio siglo de su vida junto a su gorda.

Por Ana González, su esposa-amante

Por una pelota de fútbol conocí a Manuel. Él estaba jugando una pichanga con sus amigos en la población Bulnes y aterrizó en mis pies la pelota. Yo, como era chora, la patié hacia ellos. Eso a él -después me dijo- le encantó. Aquella vez yo no me fijé en él, porque eran muchos chiquillos, pero a él yo sí le quedé dando vueltas en la cabeza. Teníamos ambos, catorce años.

Otro día yo me había encaramado a una "góndola" (así se llamaban las micros en ese tiempo). Cuando me senté, abrí el diario El Siglo para leer, mientras viajaba. En esa "góndola" iba Mi Manuel. Ese día lo fleché. Era mucho para él: esta liceana pateaba como se debe la pelota y además, leía El Siglo.

Cuando teníamos 18 años, en la población, se hizo un congreso de la Jota. Manuel era dirigente y yo siempre andaba metida en esos rubros. Nos pusimos a conversar sobre política. Fue la primera vez que charlamos, pero yo estaba enamorada de otro, así que no pasó nada, aunque yo lo consideraba un muy buen muchacho. Pude conocerlo mejor en una fiestas que organizaba la FOCH, esas reuniones duraban hasta las tantas de la noche.

La primera vez que Manuel se puso un par de zapatos nuevos, fue a los 15 años. Él y sus ocho hermanos, vivían en una pieza que arrendaban sus padres. Diez personas en una habitación de cinco por seis. Su mamá era lavandera y su padre trabajaba sacando arena del río.

Por su situación económica, tuvo que olvidarse del estudio. Se puso a trabajar con su papá y luego como junior en el diario El Siglo. Esa pega se la consiguió Volodia Teltelboim, porque mi suegra le lavaba la ropa a esa familia. Ahí aprendió a trabajar en la prensa. También a leer y a escribir. Tan bien lo hizo que pronto, no tenía ni faltas de ortografía.

Manu era mi compañero, mi cómplice... la vida juntos tuvo de dulce y de agraz. No todo fue perfecto, pero supimos levantar el amor cuando se caía. Juntos marchamos por el cese de la Segunda Guerra Mundial. Participamos en cuanta concentración de trabajadores se organizaba. Éramos esposos, amantes y amigos. Él me cantaba "La Consentida" y yo le decía "mi negro".

Cuando mejor lo pasábamos, era en los moteles. Siempre íbamos a esos lugares y yo cruzaba los dedos para que hubiera un terremoto y así poder quedarme años con él allí. (Aunque siempre "olvidaba el tejido", le decía para molestar).

Yo buscaba el amor perfecto, uno que durara para siempre. Buscaba la forma de poder estar dentro de él y él dentro de mí. Fusionarnos. Cuando nos besábamos, pensaba en eso. En cómo inyectarme yo un poquito de él, y él unos pedazos de mí. Eran unos buenos calugazos los que nos dábamos. Largos. En una fiesta ganamos un concurso de besos que inventaron mis amigos. Yo creo que sacamos el primer lugar, de lo apasionados que éramos. Siempre fuimos así los dos.

Pero los milicos sacaron su boca de la mía. Se lo llevaron en lo mejor. Ese día yo iba a salir con él, pero uno de mis nietos lloraba tanto, que tuve que quedarme cuidándolo. Si salgo, no podría haber contado esta historia de amor. Si lo acompañó, este final hubiera sido distinto.

Ricardo Manuel Weibel Navarrete.

y

Catalina Avendaño

COLEGIALA NO SEAS TAN COQUETA

Ricardo Manuel Weibel Navarrete manejaba desde muy temprano una micro Recoleta-Lira. De acompañante llevaba a una hermosa colegiala: Catalina Avendaño, quien vigilaba desde su asiento de copiloto si alguna mano se pasaba para la punta cuando pagaba su pasaje. Varios años cruzaron Santiago de ida y de vuelta, hasta que ella se sacó el jumper para cambiárselo por un vestido de novia, porque Ricardo su pololo, la llevó al altar con todas las de la ley, esta vez en taxi. .

por Catalina Avendaño, su mujer

A los 15 años conocí a Ricardo en El Salto. Él era de la calle Colombia y yo, de Los Héroes de La Concepción. Ambos participábamos en las juventudes comunistas. Era un hombre muy inteligente. Me

deslumbraba por eso. Cuando egresó del Liceo Industrial, con el título de modelaje en calzado, obtuvo el primer lugar. Pero no sólo tenía cabeza para el estudio, además era muy hábil con las manos. En ese tiempo, hizo chalas de mezclilla y carteras pintadas. Le quedaban preciosas. Todas las mujeres del barrio le encargaban un modelo para lucir sobre el hombro o en los pies.

También era bueno para el inglés. A mí me traducía las canciones que estaban de moda. Era muy romántico a pesar de que tenía un carácter muy fuerte. Siempre me recitaba al oído “me gustas cuando callas, porque estás como ausente y me oyes desde lejos y mi voz no te alcanza”. Cuando queríamos estar solos, nos íbamos a bailar tango. No era muy seguido, porque no nos sobraba la plata, pero igual íbamos de vez en cuando. Había un tema que era nuestro: «Medallita de la suerte», del argentino Ledesma. Cuando íbamos a la tanguería, le gustaba que me pusiera un vestido floreado y unos tacones de charol que yo tenía. Él me encontraba buenamoza. Me quería. Y yo también.

El 25 de octubre de 1975 se lo llevaron. Doce días lo tuvieron los milicos. El 6 de noviembre lo trajeron de vuelta, pero 37 horas después, lo sacaron violentamente de la cama y lo metieron a una camioneta para llevárselo definitivamente. Eran doce hombres armados con metralletas. A mí me encerraron en el dormitorio con mis niños que no paraban de llorar. Yo también lloraba. “Ya, no grite más señora, porque o si no la vamos a llevar a usted también y los guachos van a quedar solos”, dijeron cuando cerraron de un portazo la habitación y partieron con Ricardo en la Chevrolet. Sólo sentimos como aceleraron y luego se perdieron en la noche.

Alvaro Miguel Barrios Duque

Y

Gabriela Zúñiga

LAS ESPINILLAS DE ALVARO

Alvaro Miguel Barrios Duque tenía 26 años cuando Patricio Alvarez Poblete -militante del MIR que actuó de informante- y una mujer del PS, lo fueron a buscar a su domicilio un día 15 de agosto. Ni su pareja ni su madre estaban en casa. Salió tranquilo, pensando que iba acompañado de dos amigos. Estaba recién casado.

por Gabriela Zuñiga, su esposa

La primera vez que hicimos el amor con el Alvarito nos juntamos en el Parque Forestal. Teníamos que buscar un lugar para hacerlo tranquilos, un hotel barato pero decente. Era la primera vez. Antes él me lo había propuesto, pero yo andaba con la regla. Después me daba lo mismo esa lesera, pero en aquel tiempo no. Cuando llegué al Forestal, encontré a mi flaquito esperándome a piernas cruzadas, sentado, fumando sus Lucky Strike sin filtro. Siempre me extrañó un papelito que andaba trayendo entre

el celofán y la cajetilla de cigarrillos. Ese día supe lo que era. Le habían dado la dirección de un hotel en Mosquito y ese dato lo cambiaba de paquete en paquete para no perderlo. Fuimos y encontramos una cama que luego usaríamos -penitentemente- una vez a la semana para hacer lo que había que hacer. Después nos dio lo mismo dónde y cuando. Pasamos tiempos de pastos y matorrales, pero luego nuestro escenario fue un colchón en la casa de mi suegra. Yo me colocaba a horcajadas sobre su espalda y hacíamos una cosa exquisita, aunque un poco asquerosa: Sobre el espaldar del catre, había un banderín en el que estaban pinchados una serie de alfileres, los que yo utilizaba con la punta caliente y desinfectada para descabezar las espinillas maduras y los puntos negros que el Alvaro tenía en la espalda. Era delicioso sentir pus y células muertas sobre mis uñas mientras le encajaba mis muslos a sus caderas. Su madre era una santa: nos llevaba una olla con sopaipillas pasadas a la cama, mientras escuchábamos la colección en vinilo de Beethoven, que habíamos comprado. También para estudiar usábamos sábanas en vez de escritorio, porque durante el invierno no se podía de otra forma. Hacía tanto frío. Para darle espiritualidad a nuestra carne, él compró un Kamasutra y le puso una dedicatoria al libro: “Que esta semilla caiga en tierra fecunda”, escribió.

Pronto, el libro sagrado de la India , lo hicimos risa. Nos preguntábamos cómo alguien podía meter nada con esos enredos de piernas y brazos. Lo intentamos muchas veces, incluso en la calle -con ropa- para ejercitar los ligamentos, pero finalmente caíamos al suelo derrumbados a carcajadas por lo ridículos que nos veíamos en esas posiciones de contorsionistas. Yo no tenía mucha pechuga y antes no habían sostenes con relleno y alambres para mentir con la delantera. Mi Alvarito, un día me trajo unos sostenes blancos -no se podía pensar en otro color , porque no existían- que había comprado en «Salomé» , una tienda donde vendían ropa interior cara y bonita. Por supuesto, me quedaron grandes. Fuimos a cambiarlos y la vendedora contó que la forma de medir el busto que había inventado Alvarito era que “entre puntita y puntita, yo tenía una cuarta” y estiró la mano sobre el mostrador para ilustrar la longitud de mi busto. Al tiempo, le dije que nos casáramos, pero el contestó “¿para qué si estamos tan bien así?”. Luego, fue él quien sugirió que nos casáramos y yo le respondí “¿para qué si estamos tan bien así?”.

Ya. Un día lunes nos pusimos de acuerdo y fuimos al Registro Civil: nos dieron hora para el miércoles siguiente. Asistieron nuestras madres que firmaron como testigos y nadie más. El Alvaro llegó sin corbata y con

una punta de la camisa fuera de la chomba. Yo me puse un vestido chilote tejido a crochet y un collar de porotos fucsias. No nos dimos el beso de los novios ni compramos todas las fotos que un tipo tomó. Y para tener nuestro regalo de bodas tuvimos que esperar a que abrieran la librería Nascimento de calle San Antonio. Allí compramos los poemas de Pablo de Rocka y entre letras, nos dimos el beso de los novios que nos habíamos saltado en el Registro Civil, un beso de horas. Era el 3 de Julio. Nuestra luna de miel terminó cuarenta y tres días después, cuando unos “compañeros” del PS y del MIR –que en verdad eran CNI- se llevaron a mi Alvarito.

Edras

y

Orfilia

SE FUE CON UNA RUBIA

En la población José María Caro hay una casa tan humilde como las otras. Por dentro es color verdeagua y por fuera respladece de un blanco a la cal. Adentro, esperan un té con leche y tostadas con mantequilla. Alrededor de la mesa, asiste en masa una enorme familia que empieza – uno a uno- a presentarse y a saludar de beso. “Somos comunistas”, anuncia la menor de las hermanas. “Queremos entre todos contar cómo era nuestro padre, nuestro abuelito, nuestro tío, nuestro hermano, el esposo.. Edras ¡Ya! Que empiece mi mami”, convidó.

por Orfilia Silva, su compañera

Decían que mi compañero no era bonito, pero yo lo encontraba buenmozo. No tenía malos olores como otros hombres, a pesar de que era muy activo. Fue mi primer pololo, mi único marido, mi camarada y el padre de mis hijos. Tenía mucha paciencia conmigo. Sabía que me encantaban las flores y cuando le sobraba un poco de plata me regaloneaba

con ilusiones, calas o chinitas que ponía en un florero, sobre una caja de manzanas que usábamos como velador.

Nosotros fuimos siempre humildes, pero lo pasábamos bien. En esta misma casa, en este mismo lugar donde estoy ahora, solíamos hacer fiestas que duraban toda la noche. Como no teníamos tele, inventábamos espectáculos familiares donde cada hijo o sobrino tenía que cantar, bailar o hacer cualquier show que se le ocurriera. En esta familia somos todos comunistas: mi hermana, mis hijos, mi compañero. Vendíamos «El Siglo» y hacíamos reuniones con las juventudes comunistas o gente del MIR. Yo les preparaba tarros con engrudo para que los chiquillos fueran a pegar en las murallas los carteles de propaganda política. A veces, hasta yo misma los acompañaba, aunque a veces fuera con una guata inmensa, porque siempre estaba embarazada.

El día del golpe mi marido tuvo que fugarse de la casa. Menos mal, porque ese mismo día allanaron la población y agarraron a mis hijos del cuello, apurándolos para que confesaran dónde estaba su papá. Ellos no entendían qué mierda pasaba, pero adivinaron que debían callar.

Después me interrogaron a mí. Yo les respondía que se había ido con una mujer alta, rubia y que usaba vestido floreado. Además, les pedía a los milicos que me ayudaran a encontrar a Edras para que me diera plata, porque me había dejado con mis chiquillos chicos para irse con esa otra mujer. No sé como se me ocurrieron tantas mentiras. De puro miedo, creo yo.

Como los milicos eran bien lesos, me creían que yo no sabía el paradero de mi esposo. De todas maneras perseguían como perros a Edras, que cambiaba de domicilio como de calcetines.

Cuando le pregunté a mi marido que “¿hasta cuándo seguía lesiando?” nos habíamos juntado en Mapocho. Yo estaba cansada, tenía miedo, quería que de una vez por todas se acabara esa pesadilla de terror con que dormíamos y amanecíamos. Él, ante mi impertinente pregunta, calló con pena y se fue a la casa de su mamá. Yo me quedé llorando sentada en un banco, secándome con la manga del chaleco la angustia mía por ese hombre que se me iba en una liebre. Me dije a mí misma,

arrepentida de lo que le había dicho: “como seguramente hoy llegará a la casa de su mamá, voy a ir para allá a hacerle una cazuela para que coma algo y con esa sopa se le quite la rabia”. Pero en ese mismo momento su madre le servía café a unos supuestos “compañeros” que esperaban a Edras en el living de la casa. La viejita jamás se iba a imaginar que no eran “compañeros comunistas” y que cuando se llevaban a su hijo, no lo invitaban -precisamente- a la Isla Utopía. Supe que a Edras se lo habían llevado, porque mi hijo de siete años llegó corriendo como un loco y tuve que tirarle agua para que pudiera tranquilizarse y hablar. - “¡A mi papá se lo llevaron!”, gimió.

JORGE
Y
GLADYS

JUGUEMOS EN EL BOSQUE

(Mientras el lobo no está)

por Gladys Marin, su esposa

Recuerdo que fue una tarde de abril de 1960 cuando nos conocimos Jorge y yo. La verdad es que nos habíamos visto otras veces; ellos eran jóvenes universitarios y nosotras del lote secundario o normalista, en mi caso. Pero abril fue el mes del flechazo. Y se produjo caminando por unas calle llenas de barro que conducían a la población La Victoria. No sé qué me atrajo de él, era buenmozo sí, pero creo que me enamoró su seriedad e inteligencia. Yo con mi desorden total era su reverso.

Junto con ser serio era terriblemente alegre. Le gustaba imitar a Chaplin y trataba de parecerse a alguno de Los Tres Chiflados. Bailaba

dando saltos para provocar risas, pero lo único que conseguía era inspirar más admiración entre los amigos y la familia.

Su amor por la naturaleza y el campo era tanto o más fuerte que el mío. Ahí nos encontramos con la plenitud de respirarnos sin contaminantes. Le gustaba andar a caballo, cazar, tomar mate, comer charqui o derretir el queso en el fuego que crepitaba mientras un pájaro extraño cantaba en medio del bosque.

Llevábamos a los niños a buscar esteros y saltos de agua, en San Fabián de Alico. Queríamos encontrar «la Cueva de los Pincheira», o «el ojo de agua» allá arriba de la cordillera, pero terminábamos tomando helados de nieve y canela en la Plaza de San Fabián.

Luego, recuerdo a Jorge cazando en Lonquimay, durmiendo todos juntos con los compañeros en el piso de una sala de clases de Chipaco y disparando al blanco, cuando me enseñaba a manejar un rifle, y yo como principiante le acertaba a todos los blancos, cosa que Jorge celebraba riéndose de mi buena suerte.

Era conversador, le gustaba la música clásica, la opera. Me contaba historias como la de un viaje en barco donde conoció a una niña preciosa de la cual se enamoró, pero de repente le miró los talones y se los encontró tan feos que le dejó de gustar de inmediato. Gritaba como Tarzán golpeándose el pecho, Rodrigo y Alvarito lo imitaban. Jorge era el ídolo de nuestros hijos, a él sí le hacían caso, a la mamá no la tomaban en serio. Jorge les enseñaba a andar a caballo, a meterse con ellos al estero Nilahue, a pescar, a descubrir animalitos, insectos y pájaros para ponerles nombre.

¡Cómo le gustaba el flan de chocolate con nueces que le preparaba su mamá! Ese era su premio. Era el regalón, pues era el más estudioso de los tres hermanos, el más responsable, el más cariñoso, el comunista.

Era un gran lector de historia, marxismo y literatura nacional. Teníamos una inmensa biblioteca, cuyos libros fueron lanzados por las ventanas de la casa cuando la allanaron.

Cuando salíamos en patota con familiares y amigos, al Cajón del Maipo o a donde se nos ocurría, Jorge se ponía al frente del coro que improvisaba con los niños. Le gustaban mucho las sambas argentinas, Cafrune, Atahualpa Yupanqui. Su aspecto serio y reposado era sólo una imagen exterior de un ser humano lleno de vida, de naturaleza sencilla, culto y tremendamente alegre y jovial.

Fue un gran revolucionario, comunista a plenitud. Me enseñó, me guió, me hizo crecer a su lado. Nos proponíamos tener un tercer hijo, que él deseaba fuera una mujer «desordenada y palomilla como tú», me decía. Discutíamos el nombre, yo quería que se llamara Mariela, a él no le gustaba. Aceptaba Varinia.

Nos vimos sólo dos días antes del golpe, yo venía de vuelta de un viaje a Vietnam. Nos despedimos el 11 de Septiembre con las primeras noticias. Nos dijimos «nos vemos después». No nos vimos más, sólo nos divisamos una vez cuando yo estaba en la embajada de Holanda en mayo o abril del 74.

Me escribió cartas hermosas, escribía precioso. Fue detenido y hecho desaparecer el 4 de Mayo de 1976.

Manuel Leonidas Guerrero

y

Owana Madera

UN AMOR EN BUDAPEST

Manuel Leonidas Guerrero Ceballos no soportaba el exilio. Estuvo en Suecia, Holanda y Hungría pero nunca quiso establecerse, andaba con sus maletas listas para regresar a Chile. El 81 logró su objetivo, de vuelta en su país, fue profesor en el colegio Latinoamericano. Desde ahí desapareció una mañana de fines marzo. Estuvo detenido en un retén de carabineros junto a Manuel Parada y Santiago Natino. Al día siguiente, lo introdujeron en el maletero de un vehículo y lo trasladaron a un terreno baldío en la comuna de Quilicura, frente al aeropuerto.

Horas más tarde, en ese mismo lugar, fueron hallados los tres cuerpos, degollados, a 200 metros de distancia uno del otro.

por Owana Madera, su mujer

A los 20 años me tocó trabajar en la sede de coordinación exterior que la JJCC estableció en Hungría. Como llegué muy chica a ese país, no me costó nada adquirir el idioma, así que trabajaba haciendo traducciones. Fue entonces cuando conocí a Manuel y me enamoré *al tiro*.

En la oficina todos se daban cuenta porque yo fui muy catete. Lo invitaba al cine, lo sacaba a bailar, insistí mucho y él me rechazaba todo el tiempo. Tuve que hacer un doble esfuerzo. Primero, superar el trauma que le había causado su reciente separación y después el tema de la diferencia de edad, que no era poca. Creo que finalmente lo conquisté por cansancio.

Después de una fiesta le pedí si me podía quedar a dormir en su casa porque yo vivía muy lejos. Tuve que prometerle que me iba a portar bien para que accediera. Me acuerdo que estuvimos conversando muchas horas sentados en el sillón, la cama que me pasó. No me aguanté y le di un beso.

Se complicó entero y se fue a dormir. Fue un rechazo tremendo, pero yo no iba a claudicar por eso. Estaba realmente enamorada.

La primera muestra de que algo había avanzado en mi conquista fue durante un encuentro que se organizó en Checoslovaquia. Nos reunimos en Praga con varios compañeros de trabajo. Como éramos muy pocas las mujeres, habían hartos muchachos rondándonos. Siempre. Recuerdo que una noche me quedé hasta muy tarde con un grupo, conversando, riéndonos. A la mañana siguiente Manuel apareció muy serio a pedirme que conversáramos. Salimos a la calle, estaba nevando y él me retaba, muy cuadrado con el asunto de los horarios y la disciplina. Era un real ataque de celos y me encantó. Al fin tuve un primer indicio de que también había algo de interés de su parte.

Cuando volvimos a Hungría la relación empezó a tomar forma muy de a poco. Él hizo un viaje por Latinoamérica y a su regreso me entregó unos poemas que me había escrito, ese gesto me permitió respirar en paz, por fin había cedido.

Manuel vivía casi con las maletas hechas para regresar a Chile. Nunca aprendió el idioma, leía El Mercurio todos los días, le mandaban la revista Hoy, la Análisis, siempre tuvo en mente la idea de volver.

En noviembre del 81 hizo una "intentona" de regresar. Yo no viajé con él porque era casi imposible que lo dejaran entrar. Sin embargo, no hubo problemas, Manuel se instaló en Chile y a los pocos meses me vine yo.

Mi vida en Santiago giraba en torno a Manuel, su familia y sus amigos, porque yo no conocía a nadie aquí. En la casa cocinaba él y lo hacía muy bien. Yo siempre le decía que era un mal pobre porque preparaba unos platos super complicados que había aprendido en los países donde estuvo exiliado.

Después de un año, lo echaron de la escuela. Ya habían empezado de nuevo las persecuciones. En diciembre del 82 salió una orden de expulsión en su contra. No soportaba la idea de volver al exilio así es que nos fuimos a la playa todo el verano a esperar que se calmaran las aguas.

Efectivamente, en febrero aparece la anulación del decreto de expulsión, regresamos a Santiago y Manuel entró a hacer clases al Colegio Latinoamericano de Integración. El 29 de marzo de 1985 a las 8 y cuarto de la mañana, fue detenido llegando a su trabajo. Tenía 36 años y no alcanzó a saber que íbamos a ser papás. Ni siquiera yo sabía que estaba embarazada cuando lo asesinaron. No teníamos planeado tener hijos.

El asesinato de Manuel me dejó en estado de shock, no recuerdo esos días. Tenía 25 años y no quería seguir viviendo. 15 días más tarde, la noticia de que la Manuela, nuestra hija, venía en camino fue un tremendo regalo que me devolvió las ganas.

José Rosa Devia Devia

y

Marta Góngora

"MANDE, MONSIÚ"

José Rosa Devia Devia trabajaba en la industria Elecmetal, propiedad de una oscura sociedad, que contaba con Ricardo Claro entre sus distinguidos miembros. El 17 de septiembre de 1973, decidió acatar el bando n°40 que conminaba a todos los obreros a acudir a sus puestos de trabajo. Pedaleó hasta la pega dejando atrás su casa recién construida, la misma donde hoy lo recuerdan sus dos hijos y "la Monsiú", amor y guía de su vida.

por Marta Góngora, la esposa

En el cine del barrio estaban dando "Al maestro con cariño" esa noche. La sala estaba repleta, todos los asientos ocupados y la gente apiñada de pie en los pasillos. Me fui metiendo entremedio, bien patuda, a lo "femme fatale" con mi pelo largo y un cigarro en la mano, hasta que un caballero me cedió su asiento. La señora que me tocó al lado se

escandalizó con el humo y le pidió a un joven que le cambiara el asiento. Ese era José.

De inmediato sentí sus ojos clavados sobre mí. Seguí fumando bien creída con el pelo suelto sobre la cara, hasta que me puse tan nerviosa que lo único que se me ocurrió fue ofrecerle unos chicles que tenía en la mano. Él tomó uno.

Nuestra primera cita fue en una calle que quedaba a medio camino de su casa y la mía. Yo llegué primero. Como no lo encontré, me paré en las hilachas y me volví a acostar. Pero, no me podía quedar dormida, estaba tan intranquila que partí de vuelta a la esquina. José me estaba esperando con unos pantalones de cotelé negro y una chaqueta de gamuza café. Super encachado.

Eso fue en junio del 69. Para septiembre, ya estábamos casados.

Estaba muy enamorado. Para las Martas llegaba con una tremenda torta y todos los días me traía flores, pinturas para los labios o alguna

ropita, porque le gustaba que me vistiera bien. Él era re corto de genio, pero le hacía caso en todo a su "Monsiú", como me decía. Hacíamos fiestas y asados. No era muy bueno para bailar pero yo le daba unos copetitos para que se me pusiera más dicharachero.

Partía en bicicleta a las siete de la mañana a su pega en la industria Elecmetal. Jamás pudo tomar una micro porque se le revolvía el estómago. El trayecto diario le servía de entrenamiento porque además competía por el Club Cisterna en carreras de ciclismo. Me acuerdo que siempre compraba leche condensada, chocolate y nueces para tener harta energía en las competencias y el día anterior, se depilaba las piernas con una Prestobarba.

Leía todo el día. Todo lo aprendía en sus libros. Incluso el nombre de nuestro segundo hijo, Luciano, lo sacamos de esos textos. Yo siempre estaba preguntándole cosas, y el José se sabía todo: la historia de los países, los gobernantes, las distintas revoluciones...

Una vez andábamos en el centro comprando zapatos y las calles estaban llenas de unos papeles que decía "Ya viene Yakarta". Le pregunté qué diablos era eso de "Yakarta" o "yacartazo" como se decía también. "Yakarta es cuando están estudiando la mala gobernación de un país y se presume un golpe de estado", me contestó, como si lo hubiera aprendido de memoria.

Y vino el golpe.

El mismo 11 cerraron Elecmetal y mandaron a todos para la casa. A los tres días salió el Bando n°40 que decía que todos los obreros debían presentarse a sus puestos de trabajo, porque no habrían represalias. El 17 tempranito salió el José. No volvió más. Al tiempo apareció muerto en Macul.

Juan Antonio Gianelli Company

y

Ana Altamirano

EL BAMBINO

Juan Antonio Gianelli Company, era un galán que dejaba a su paso un regadero de corazones rotos amparado en unos ojos vibrantes, una vitalidad innata y una sonrisa que certificaba su coqueta descendencia italiana. Todo esto antes de toparse con su Ana definitiva -al parecer el nombre lo atraía pues tenía una larga lista de ex pololas llamadas así- que le hizo el peso y que, a su vez, tuvo que abandonar a su novio Juan-ingeniero comercial, para casarse de rojo con su marido Juan-bailarín-folclorista-profesor y comunista.

por Ana Altamirano, su esposa

Nunca he podido pasar el pisco. La única vez en mi vida que acepté una piscola fue cuando conocí a Juan Gianelli, el año 68. Yo andaba en una peña consiguiendo músicos para un acto que estaba organizando. Ahí me encontré con estos ojazos, y esta sonrisa coqueta que me ofrecía "un pisquito". No supe decir que no.

Yo ya tenía mis antecedentes de quién era este italiano buenmozo. Un primo que trabajaba con él en el Politécnico de Menores de San Bernardo, me había hablado mucho sobre este famoso Gianelli que además de profesor era bailarín, folclorista y militante del PC. Ya sabía yo con la chichita que me estaba curando, porque además, el galán tenía fama de ser muy cotizado por las mujeres.

Me lo volví a encontrar en el quinto congreso de la CUT, donde yo participé como organizadora. Una mañana estaba atareadísima entregando las credenciales a los asistentes, cuando escucho que me llaman entre las rejas del Caupolicán, que era el estadio donde se hacía el encuentro. ¡Mijita! me decía el patudo, para que le pasara una credencial. Yo me hice la chora y le dije que tenía que hacer la cola y esperar su turno igual que todos. Creo que se quedó tan picado que por ahí me lo enganché.

La última noche del congreso me fue a dejar a mi casa en San Miguel, íbamos llegando a las cinco de la mañana y le propuse que fuéramos al mercado a comer mariscos. Tiré mis carpetas entremedio de la

puerta de mi casa y partimos devuelta al centro. Obviamente esa noche partió el pololeo.

El 14 de agosto del 69 me casé con Juan Gianelli. Me vestí de rojo y a los invitados les ofrecíamos anticuchos y navegado. Hasta los Inti Illimani tocaron en mi fiesta porque un hermano mío fue integrante del grupo en los primeros años. Nos casamos sólo por civil. Casi me muero cuando Juan sacó su carnet de identidad y resulta que el tremendo galán tenía apenas 22 años. Yo no tenía idea que era tan chico, siempre pensé que era mucho mayor porque era miembro del Consejo Directivo de la Unión de Profesores y para eso había que tener por lo menos 25 años. Me dio mucha lata, pero me convenció que era una tontera y ahí se acabó el asunto.

Siete años duró el matrimonio. El golpe de estado nos pilló a los dos trabajando en el Ministerio de Educación. Juan se quedó escondido en la oficina y yo me instalé con mi hijo de dos años en brazos en el departamento de Fernando Flores. Me acuerdo que estuvimos toda la mañana rajando toda la propaganda que tenía en la casa una hija de Fernando que era bien jotosa.

De ahí en adelante las cosas se pusieron muy complicadas. A Juan lo cambiaban todo el tiempo de trabajo sin explicación y muy pronto los organismos de seguridad empezaron a rondar. Yo no quería irme del país, no quería que mis hijos crecieran en un lugar ajeno. Finalmente, se complicó tanto la vida que acordamos partir. A Juan lo iban a sacar de Chile en agosto de 76. El 26 de julio lo acompañé en taxi hasta la escuela N° 4 de Niñas de Santiago, donde estaba haciendo clases. Esa noche no volvió a la casa. Fui a la escuela a hablar con la directora que era mi amiga porque estudiamos juntas en un curso para directores que había impartido el gobierno de Allende. Cuando entré a su oficina mi amiga me recibió cordialmente: ¿Qué se le ofrece señora?

Carlos Godoy Lagarrigue

Y

Lola González

EL DOCTOR GODOY

Carlos Enrique Godoy Lagarrigue tenía energías y perseverancia para tirar a la chuña. Cuando se le ponía algo entre ceja y ceja, no había quien lo disuadiera. Como cuando se propuso conquistar a su "Lola", como cuando decidió dar hasta la vida por su partido, las Juventudes Comunistas.

Un 4 de agosto de 1976, cuando se retiraba de su turno en el Hospital de San Bernardo, un enfermera salió a avisarle que se le olvidaba la radio. Él le alcanzó a decir desde su citroneta, que no se preocupara, que volvería en un par de horas. Lo único que se ha vuelto a saber del doctor Godoy es que su vehículo fue visto hace diez años en Colonia Dignidad por un matrimonio que logró escapar de ese recinto y hacer las denuncias del caso.

por Lola González, su esposa

"Yo soy Godoy, estudiante de medicina", dijo Carlos y se sacó la boina que siempre llevaba puesta. Eran las vacaciones de invierno del 58, mi primer año como estudiante de pedagogía en castellano. La sede de la FECH estaba llena y este galán, secretario de finanzas de las JJCC, no perdió la ocasión de presentarse a las recién llegadas con la excusa de inscribirnos para las cotizaciones.

No fue amor a primera vista. En rigor, yo fui sólo una de las muchachas que le parecimos interesantes aquel día. Más tarde me confesó que cuando supo que yo era española, que mis papás habían llegado en el Winnipeg y que todos me llamaban "Lola", se volvió loco porque admiraba mucho la historia y la cultura de España.

Empezó a rondarme. Iba muy seguido a mi casa con su cuaderno de finanzas en la mano. Yo consideraba sus visitas como meros encuentros de "camaradas". Así se me fue acercando y entre conversación y conversación acerca del Partido, un domingo terminó sentado en la mesa de los González Barragán, elogiando el arroz a la valenciana de mi mamá y ganándose con

su carisma el cariño de toda mi familia. La única que no disfrutaba mucho con sus visitas era una señora que nos ayudaba en la cocina. Cada vez que él llegaba, ella se quejaba "ya viene ese que le dicen el 'camarada' a comerse todo el queque de la once..."

Yo me hacía la loca con el lado romántico de la historia, hasta que durante una caminata por el Forestal, Carlos puso los puntos sobre las íes y nos pusimos a pololear. Él siempre se acordaba que eso había sido un 20 de julio, la misma fecha en que nació nuestro primer hijo, varios años más tarde.

El 63 nos casamos. La celebración fue en la fábrica de manómetros de los Gilo, una familia española que era muy amiga nuestra. Ellos limpiaron y encalaron todo el lugar. Tapamos las máquinas con paños blancos y como buenas mujeres de familia de inmigrantes, mi madre y yo estuvimos largas horas preparando todo: desde los canapés hasta la torta.

Vivimos varios años en Melipilla, donde Carlos hizo su general de zona. Allá nacieron nuestros dos primeros hijos, Pedro y Claudia. Yo hacía

mi "provincia" como profesora en un liceo nocturno y me dedicaba a la cocina. Recuerdo que le pedía todas las recetas a mi mamá y como no me manejaba con las medidas, hacía unas cantidades enormes de comida. Engordamos sus buenos kilos en ese tiempo. Él era fanático de las manzanas, se comía una tras otra y se le chorreaba el jugo hasta los codos. Siempre tenía olor a manzana.

El año 70 volvimos a Santiago. Cuatro años más tarde nació Carlitos, el menor de nuestros hijos. Carlos era un marido muy apegado a nosotros, muy querendón. Nos llamaba todo el día para saber qué estábamos haciendo, para hablar cualquier cosa.

El último tiempo juntos, antes que desapareciera, tuvimos fuertes diferencias por su excesivo apego a la militancia. Una vez me dijo que para él su partido estaba primero que la familia. Lo encontré terrible. Discutimos muchas veces ese asunto, yo sentía que tenía que abrirle los ojos con todo lo que estaba pasando. Carlos era demasiado confiado, no medía lo podía ocurrir.

Teresa Izquierdo

y

Daniel Ríos Videla

LOS "SOCIOS"

Teresa Izquierdo y Daniel Ríos Videla se conocieron cocinando una cena para los compañeros del MIR con quienes habían pasado el día trabajando. Aunque ella se dedicó sólo a picar cebollas, mientras su "socio" se lucía en las artes culinarias, los comensales de aquella noche pensaron que los cocineros hacían buena pareja e hicieron de "celestinos" para dar el vamos al pololeo. Después de la comida cada uno se fue a dormir, como era la única mujer del grupo, a Teresa le tocó el sofá. A la mañana siguiente cuando Daniel pasó por su lado, ella abrió los ojos y lo quedó mirando fijamente hasta que salió por la puerta de calle.

por Teresa Izquierdo, la "socio".

Teníamos 19 años. En nuestra casa instalamos un mimeógrafo para imprimir panfletos, un arsenal de armas y casi una granja completa de animales. A Daniel le encantaba el campo, tenía toda una tradición que le venía de la familia de su madre. Cocinaba pantrucas, ajiaco y carbonadas, tenía remedios caseros para todo y le gustaba criar animales.

Vivíamos con tres gatos (la Sofía, el Gonzalito y el Bruno -en la foto-, que hasta dormía con nosotros), una gallina (Dora), un perro (Sandino) y diez pollos que estábamos criando porque en esos años la comida estaba escasa y yo iba a necesitar alimentarme bien cuando me fuera creciendo la guata.

Desde que nos instalamos a vivir juntos, después del golpe, nuestro plan fue tener un hijo. Me costó bastante quedar embarazada. Recuerdo que los primeros meses no me sentí nada de bien, me desmayaba a cada rato y me puse más mañosa. Daniel me hacía tomar unas infusiones de apio cundo me resfriaba y malta con huevo todas las mañanas, a mí me daba un asco increíble.

Nos peleábamos bien seguido porque teníamos costumbres diametralmente distintas. A él le gustaban las rancheras, a mí la música clásica. Él era mucho más activo, más impulsivo y apasionado, yo sentía que no estaba tan entusiasmada con la vida como Daniel. También había algo de competencia por nuestras actividades en el MIR. Él era muy diestro físicamente, muy valiente y yo era más bien temerosa, mucho menos preparada en ese sentido. Se notaba una tensión entre nosotros por esos asuntos, aunque nunca fue un tema principal.

Nos tratábamos de "socios". Con el tiempo Daniel fue derivando el apodo y al final me decía "cita" por "so- cita". Nos turnábamos para cocinar, la idea era esmerarse para hacerle lo más rico al otro. La especialidad de mi socio eran los Chunchules. Realmente le quedaban exquisitos, y aunque hasta entonces yo jamás había probado esas cosas, hoy en día todavía me encantan y me lo recuerdan.

Nuestro hijo nació el 26 de agosto del 74. Daniel estaba golpeado, emocionado con nuestro niño. Él tenía la fantasía de que fuera mujer, una niñita que se pareciera a mí. Finalmente, fue un hombre que se pareció

increíblemente a él. Le pusimos Manuel en honor a un compañero que había vivido con Daniel y a quien mataron en el Estadio Nacional a los pocos días de ocurrido el golpe.

Nos fuimos los tres a vivir en una casita de madera que quedaba en la circunvalación Américo Vespucio. No teníamos ni agua, pero llevábamos una vida bien feliz. Para pasar piola con nuestras actividades, hacíamos harta vida de barrio. Un día después de almuerzo yo estaba con Manuelito en los brazos, conversando con una vecina a la entrada de mi casa. Vi salir a Daniel y nos hicimos unas señas, un chao.

Yo sabía que iba a un “contacto” y que iba a ser complicado porque la persona con tenía que encontrarse ya había fallado una vez. Sabía también que mi socio iba armado hasta los dientes, pero no podíamos permitirnos más que un gesto con la mano, como si fuera a comprar cigarros.

Después de ese “chao” nunca más nos vimos. Lo detuvieron el 14 de febrero del 75 en un enfrentamiento. Lo llevaron a Villa Grimaldi, donde

llegó con una herida en el cuello. Los que estuvieron con él me han contado que se recuperó luego, que a pesar de estar en "la torre", donde metían a los más "pesados", hasta cantaba para alegrar el ambiente. Daniel era fanático de Serrat, lo imitaba y se sabía todas las canciones, así es que me lo imagino cantando en ese lugar.

A fines de febrero se lo llevaron engrillado en una camioneta.

Al año y medio salí exiliada a Francia con Manuel en los brazos. A medida que fue creciendo tuve que explicarle a mi hijo la historia de su padre. Al principio no comprendía mucho, lo tomaba como un juego, andaba contándole a todo el mundo que a su papá lo habían matado los milicos. Ya más grande estaba muy choreado con todo, no sentía ni una pizca de admiración por su papá, ni menos tenía sus mismas ideas.

El 79 volvimos a Chile. Manuel era un cabro carretero, con un montón de amigos. Físicamente era muy parecido a Daniel, pero no tenía ese ímpetu del papá. A mi hijo le pesó mucho la falta del padre, nunca tuvo

claro qué quería de la vida, estudiaba y trabajaba, pero lo hacía casi por inercia, sin muchas ganas. A los 19 años murió en un accidente en moto.

Marta del Carmen Cano Vidal

y

Juan Soto

NUESTRO TURNO

A Marta del Carmen Cano Vidal, la vida se le fue por la ventana. En rigor, por la ventana se la robaron la noche del 11 de agosto de 1983 cuando, entre barricadas y caceroleos, una bala se coló a través del visillo de su dormitorio y le dio justo en el pecho. El disparo salió desde una patrulla militar, comandada por el cabo Ángel Custodio Ramirez Vásquez que esa noche se ensañó contra la casa del matrimonio Soto-Cano, dejando cuatro huérfanos y un improvisado viudo.

Aquí, don Juan Soto revive la historia de un amor por turnos que terminó en viudez de tiempo completo.

por Juan Soto, el marido

Con la Marta pololeamos 6 años. Pero, por turnos. Pinchábamos según los horarios del trabajo de su papá que era un hombre de temer y le tenía prohibido pololear.

Como éramos vecinos, yo esperaba en mi ventana que el suegro saliera para cruzar la calle y tocar la puerta de mi enamorada. Mi suegra y mis padres nos encubrían el romance. Así estuvimos largos años hasta que se destapó la olla.

Como buenos vecinos y compadres que eran, mi viejo y el suyo se fueron de copas una noche. A medida que iban poniéndole, a mi papá se le fue soltando la lengua hasta que contó el secreto. Terminaron a combos en la calle, muertos de curados.

A mi suegro no le gustó nada la noticia. Se dedicó a hacernos la vida imposible hasta que un buen día se fue de la casa con otra mujer. Sólo entonces pudimos pololear como corresponde. Eso sí, fuimos unos novios a la antigua. Puros besos no más. Una sola vez casi-casi la cosa pasó más allá. Me acuerdo que estábamos en la playa, solos, luna llena. Era la

ocasión ideal, pero nos asustamos los dos. El 3 de enero del 70 nos casamos.

Arrendamos una casita. Teníamos dos camas y una cocina, nada más. La Marta era fanática del aseo. Enceraba el piso todo el día. A mí eso me molestaba un poco, pero cualquier enojo se olvidaba a la hora de la comida. Cocinaba increíble. Su pastel de papas es algo que jamás he vuelto a probar y las sopaipillas nunca más me atreví a cocinarlas porque las suyas son insuperables.

Tuvimos mucho problemas. Al poco tiempo de nacido nuestro primer hijo, se murió mi suegra y nos tuvimos que hacer cargo de su hermano chico y de un sobrino que vivía con ellos. Con la casa llena de gente, nuestra relación se vino abajo. Me acuerdo que nos acostábamos cada uno en una esquina de la cama y en mitad de la noche, nos juntábamos en el medio. A veces amanecíamos abrazados, nos hacíamos los locos y vuelta otra vez, cada uno por su lado.

El 76 nació nuestro segundo hijo - "ojitos de uva" le decía la Marta- , yo me puse a estudiar para ser profesor de sastrería y ella empezó a trabajar en peinados y tinturas. Se fue componiendo la cosa, hasta que logramos sacar adelante la familia.

Nuestro año ideal fue el 82. Nos prestaron una cabaña cerca de la desembocadura del río Rapel y pasamos un verano increíble. Festejábamos los cumpleaños en grande e incluso -siendo ateo y socialista- me convertí en tutor de la Pastoral en el colegio de los niños.

La noche de la cuarta protesta nacional contra la dictadura, estábamos todos en la casa metiendo ruido con las ollas. Marta estaba intranquila, no dejó que nadie saliera y a las 11 de la noche mandó a todos a acostarse. Estábamos viendo Al Sur del Mundo en Canal 13 cuando se cortó la luz y empezamos a sentir disparos. Fui a mirar por la ventana, corrí un poco el visillo y vi entrar la bala que vino a echarlo todo a perder cuando recién nos había llegado el turno de disfrutar la vida.

Armando Portilla

e

Irma Arellano

LADRÓN DE MARRAQUETAS

La puerta de la casa de Armando lleva inscrito su nombre en una placa de metal. En el antejardín de la vivienda toma sol su esposa Irma junto a Erika, su hija mayor. La primera, añora esas películas de James Dean que iban a ver juntos; la segunda, tiene sobre su cama una muñeca rubia que él hubiera preferido mulata cuando se la regaló. Con Erika comía membrillos a hurtadillas, para que Irma no descubriera que habían machucado la fruta en la pared más sucia de la casa. Las dos le celebraban el porte y la gracia a Portilla. Adoraban esos chalecos sin mangas que se ponía y las rosas que cultivaba en el jardín. Y ambas se quedaron esperándolo un viernes 9 de diciembre de 1976 cuando Armando Portilla, dirigente sindical de ENDESA, ex ladrón de panes con mantequilla, ex militar y casi cura, salió de su casa para –contra su voluntad- nunca más volver.

Por sus dos mujeres, Irma y Erika

Nuestro Armando nació el 14 de junio de 1928, igual que el Che Guevara. Barría la casa como ninguna de las dos lo sabía hacer, porque no dejaba ni una pizca de tierra entre las tablas del piso. Teníamos las rosas más bellas de la Avenida Estrella. Y muchos gatos bien enseñados que hacían pichí en una caja con arena. Nuestra casa era como una que hizo Armando en una maqueta que Erika tenía que llevar al colegio. Hasta el baño le quedó parecido con una tapa de champú que le puso en vez de wáter. Se sacó un siete.

Cuando recién aparecieron los televisores por Pudahuel, una señora del barrio se compró uno y cobraba entrada para que los chiquillos pudieran ver monitos animados. Los chiquillos que llegaban primero ocupaban la mejor corrida de asientos y otros, los más peleadores, pellizcaban a los que le tapaban la vista para no perder detalle de la programación. Armando se cansó de tanta pelea, así es que llegó un día con un televisor en blanco y negro y lo instaló en el living de nuestra casa.

Todos los pequeños se agolparon frente a la pantalla, se instalaron en los sillones y de allí nadie más los sacó. Pero la historia viene de antes.

Armando había conocido a Irma en el bus que venía a Santiago todos los fines de semana desde la Hacienda Chacabuco. Ella estudiaba en el anexo pedagógico de la capital y él operaba máquinas pesadas en un camino que construían en el campo. Cada vez que Irma se subía al bus, sentía unos ojos que se le clavaban en la espalda. Era Armando, que le tenía un asiento reservado para que se acomodara a su lado. Y de tanto avanzar kilómetros, juraron avanzar siempre juntos.

Así, el matrimonio partió a Rapel. Armando dirigía un club deportivo y tenía fama de hacer los mejores huevos a la ostra de la región. Inventó campeonatos de tejo, dominó y brisca para deleite de los vecinos. Mientras tanto, Irma calentaba su hogar con pan amasado. Y sus pequeños hijos derretían ansiosos la mantequilla en el corazón de la masa para luego cerrar los ojos cuando el bocado caía garganta abajo. En eso estaban, cuando llegó Armando, y al ver la escena les contó la mejor historia que habían oído jamás:

- Hijos, yo robaba panes con mantequilla...
- ¿...?

- Le robaba a mi padre, que era un español muy brusco y autoritario con los trabajadores que tenía a su cargo. Y para remediar los malos tratos, yo repartía el pan de la familia untado con pencones de mantequilla. Los hombres se relamían de gusto. Pero mi padre para enderezarme inscribióme en el servicio militar. Pero ni aún con eso le bastó, porque después de egresar me metió a un seminario de curas, desde donde me arranqué para definitivo desprecio de mi padre, que desde ese momento adoró a Franco con más ímpetu que nunca.

Desde ese día, el pan con mantequilla se convirtió en el manjar más exquisito saboreado en la casa de los Portilla.

Alfonso René Chanfreau Oyarce

y

Erika Hennings

EL MÁS GUAPO DE LA TOMA

Alfonso René Chanfreau Oyarce dejaba la tendedera de mujeres a su paso con el intenso par de ojos azul verdosos que le tocó en gracia. Su carácter reservado y el color mate de su piel hacían el conjunto aún más irresistible. Erika, una morenaza de jumper y calcetas, se cruzó por su camino en 1968, y ya no hubo nada que hacer.

La mañana del 11 de septiembre del 73 despertaron bruscamente con su hija Natalia en los brazos.

En las líneas que siguen, Erika recuerda los duros momentos que pasaron juntos en Londres 38. El más duro de todos, la despedida. En ese momento, Alfonso dejó para su hija 99 besitos. Alguno de estos irán ahora para su nieto, que está a punto de nacer y que todos esperan, saque los ojos del abuelo.

por Erika Hennings, su esposa

Era 1968, los secundarios nos habíamos tomado algunos liceos para apoyar la huelga del magisterio de profesores. Como mi colegio no se adhirió, las alumnas que militábamos en las JJCC decidimos ir a apoyar la toma del Gabriela Mistral.

Ahí nos conocimos. Lo vi y lo encontré estupendo: flaco, desgarrado, piel mate, unos ojos azules- verdes impresionantes. Era dirigente estudiantil y líder de la toma. Me gustó *al tiro*.

Una noche armamos una fiesta en la sala de profesores del liceo. Bailamos y dentro de un grupo nos escapamos a la Plaza Central. Ahí pinchamos la primera vez.

Después de la toma nos seguimos viendo en la Federación de Estudiantes Secundarios y nos pusimos a pololear. Teníamos una relación bien libre, con varias intermitencias. Al tiempo Alfonso se pasó de la Jota al Mir. Fue complicado porque había harta enemistad entre los dos

movimiento. En el partido todos me preguntaban si todavía seguía con el Chanfreau.

Yo era muy independiente, nunca llevaba a los pololos a la casa y me costó acostumbrarme a las visitas en la casa de Alfonso. Su familia era super aclanada, él era el menor de tres hermanos, su papá era masón y la mamá era de esas señoras que se levantan de madrugada y preparan desayuno para todos con pan amasado recién salido del horno. Ella cocinaba de lujo, me acuerdo que Alfonso siempre le pedía su plato favorito, una especie de guiso que tenía champiñones, fondos de alcachofa, papas fritas y carne. El ambiente en su casa era bien machista, pero me acuerdo que Alfonso era super atento, muy colaborador.

Cuando terminé el liceo, me fui a estudiar a Arica. Alfonso estudiaba filosofía en la Universidad de Chile, pero viajaba bien seguido a verme.

Durante unas vacaciones de invierno que pasamos juntos en Santiago yo empecé con sospechas de estar embarazada. Ya de vuelta en Arica, confirmé la noticia y lo llamé para contarle. El muy loco no me esperó y se

fue a mi casa a hablar con mis papás. Cuando mi mamá le abrió la puerta y le escuchó todo, casi se muere porque ellos casi ni lo conocían. Mi viejo, al contrario, se quedó encantado con este joven de 21 años que llegaba valiente a hablar con los suegros.

Nos casamos el 16 de octubre del 72. Recuerdo que en esa fecha era el paro de los camioneros, de hecho ese lunes había toque de queda así que no celebramos mucho. La "noche de bodas" la pasamos en el departamento de mi cuñada en las Torres San Borja.

Nuestra hija nació el 14 de mayo del 73. Alfonso la miró fascinado- "Uy qué federica!!" dijo- la tomó en brazos y me propuso que le pusiéramos Natalia, que era el nombre de la mujer de Trotski. Era un padre tremendamente chocho con su Nati. Aprendió a mudarla, trataba de pasar mucho tiempo con ella.

El once nos pilló a los tres juntos en la casa de los Chanfreau. Me acuerdo que estábamos durmiendo y entró mi suegro a la pieza gritando: ¡Revolución! ¡Revolución!

Pasamos la noche ahí junto a dos compañeros del MIR. A la madrugada siguiente, partió. Estuvimos 15 días separados hasta que nos instalamos en un departamento que me pasó una hermana. En ese lugar hicimos una vida muy íntima, con mucho tiempo para compartir. Salíamos muy poco, sólo para los "contactos". No teníamos conciencia de lo dura que podía llegar a ser la represión, me acuerdo que incluso muchas veces yo iba con la Natita en brazos a los puntos acordados.

El 30 de julio del 74 nos detuvieron a los tres. Nos fueron a buscar al departamento. Insistimos hasta que accedieron a dejarme a mí y a Natalia en la casa de mis padres. Al día siguiente me vinieron a buscar.

Estuvimos 15 días juntos en Londres 38. □ Nos tenían vendados pero en varias ocasiones Alfonso se levantaba un poco la venda y se acercaba donde yo estaba. Para superar el miedo y los dolores de las torturas, hacíamos planes frente a la alternativa de salir libres. Hablábamos de irnos a Francia, porque tenía la nacionalidad y toda su familia ya se había ido a ese país.

El 13 de agosto se lo llevaron. Nos dieron unos segundos para despedirnos, fue un momento muy corto de puro amor. Afuera lo esperaban una camionetas. Le dejó 99 besitos a la Nati y me hizo jurarle que lo esperaría para aprender a hablar francés. Nunca aprendí el idioma, nunca más supe de él.

Cristián Varela

y

Erika Labraña

EL ÚLTIMO DE LA LISTA

La muerte de Cristián Varela, dirigente del partido comunista, puede considerarse como el último caso de la ola de asesinatos que trajo consigo el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973. Su nombre no figura en el informe Rettig y no hay agentes de la Dina involucrados pues, "El negro" murió frente a La Moneda, 25 años más tarde de aquella oscura mañana del bombardeo.

El 11 de septiembre de 1998, la marcha del PC decidió pasar frente a la Casa de Gobierno, pese a las constantes prohibiciones que había recibido de parte del gobierno de Frei Ruiz Tagle. La policía ya estaba equipada para el acontecimiento y reaccionó con toda la violencia que tuvo a su alcance. Cristian Varela, sorteó todas las persecuciones de la dictadura para venir a morir a los 48 años víctima de la explosión de cuatro bombas lacrimógenas sobre su cuerpo, frente al palacio de La Moneda, a 8 años del retorno de la democracia a nuestro país.

por Erika Labraña, su pareja

Yo estaba en el velorio de una compañera del partido comunista cuando apareció mi negro. Me gustó al tiro. Le conté a las otras chiquillas que estaban ahí y nos pusimos de acuerdo para armar una fiesta de cumpleaños y propiciar el encuentro. Todo calzaba porque yo estaba separada y vivía sola con un hijo y a Cristián lo acababa de dejar una pareja que tenía, así que también andaba bien tristón. El único pero era que este pesado no me daba boleta porque conocía mi "pecado original" - en mi juventud milité en la Democracia Cristiana- y eso no me lo perdonaba.

A la hora del cumpleaños planeados me la jugué bien jugada, hasta que cayó y al mes ya lo tenía instalado viviendo en mi casa. Tuvimos hartos encontrones porque él muy comunista sería pero tenía una mañas tremendamente burguesas. Era cómodo. Todas la mañanas quería el desayuno en la cama, al comienzo hasta le revolvía yo misma el té pero, después me fue hartando el asunto y llegamos al acuerdo de que un fin de semana me atendía él y el otro lo atendía yo.

Mañoso, celoso y -lo que más me molestaba- jugador. Las carreras de caballo eran una pasión que le corría por las venas por que su papá era dueño de varios caballos en La Serena y desde muy chico fue parte de ese extraño mundo de los hipódromos. Aunque me cargaban la carreras y no entendía nada, yo lo acompañaba igual: "a los pies del amo engorda el caballo" pensaba yo. Entre que fuera a vitrinear solo o acompañado, mejor acompañado. Era su rito de todos los domingo. Se vestía de lujo, con un terno negro, pañuelo o corbata roja al cuello y, si era verano, los infaltables mocasines blancos.

Siempre se preocupaba mucho de la pinta. Hasta a mí me exigía que me arreglara todos los días. Si no me pintaba, no me acompañaba ni a la feria.

Me acuerdo que se volvía loco por las güatitas a la española. Siempre estaba pidiéndome que se las preparaba y yo rara vez le daba en el gusto. Cuando íbamos de visita donde su mamá, me acusaba y le pedía a ella que se las cocinara. Como buen serenense adoraba el cebiche y lo preparaba de lujo, con mucha cebolla. De hecho, era lo único que sabía cocinar. También

tenía una costumbre muy extraña para los capitalinos: el sandwich de pescado. Cada vez que yo traía merluza del mercado me pedía que le guardara la cola para armarse su sandwich.

Durante la semana trabajaba todo el día atendiendo un kiosko que no compramos y que estaba ubicado en la esquina de Vespucio con los Tilos, muy cerca de nuestra casa. Se levantaba a las cuatro de la mañana a buscar los diarios y rara vez cerraba temprano. Le gustaba quedarse atendiendo, hacía mucha vida social y aprovecha también para hacer política. Me acuerdo que en las partes más visibles poníamos El Siglo y la Punto Final. La gente del sector le tomó mucho cariño al Negro, pasaban a saludarlo al kiosko y se quedaban pegados conversando.

Después de su muerte, nunca más abrí ese kiosko. Ya lleva tres años cerrado, ahí mismo y nadie se atreve a hacer nada, una vez al año prendemos velas en su memoria.

Silvia Vera
y
Alfredo García

MOTO PARA DOS

Silvia Vera soporta un doble duelo en su historia. Le mataron a su Alfredo de la juventud, a ese que prefirió en vez de un futuro promisorio en Bélgica y con el que partió a casarse al registro civil en moto. Le asesinaron al padre de su único hijo, al amor de su vida, a su esperanza de un futuro feliz. Desde que se lo llevaron, Silvia no pudo mirarse al espejo durante mucho tiempo y buscando desesperadamente a Alfredo García encontró a José Carrasco Tapia. Este periodista, dirigente del MIR, líder indiscutido de la izquierda revolucionaria chilena, un día cualquiera la acurrucó en sus brazos y la dejó llorar su soledad durante horas. En silencio, Pepe Carrasco, convirtió las lágrimas en besos y el desamparo en protección. Ya Silvia podía caminar erguida, de la mano de un hombre que la hizo sentir viva cuando creía que la pena la mataba. Pepe además se hizo cargo del hijo de su compañero muerto y lo amó tanto que hasta olvidó que él no lo había engendrado.

Pero a Pepe también lo mataron. Y nadie lo lloró más que su hijo adoptivo quien se hizo periodista en honor a la admiración que tenía por su “padre”.

Silvia, sin embargo, no termina de olvidar a Alfredo, su primer amor. Y le cede al país y a los periodistas el duelo por José Carrasco, porque ella no se siente capaz de cargar con tanto dolor.

Por Silvia Vera

Yo tenía 21 años y estaba de novia con un belga. Tenía todo mi futuro “armadito”: me iba a casar con mi gringo, iba a tener una grandiosa familia rubia y una casa preciosa donde con sólo apretar un botón iba a pedir una caña de “felicidad”.

Pero no.

Se cruzó el Alfredo en mi ruta y yo no pude hacer nada para protegerme de este atentado de vida, de ideas, de gracia, de belleza. Él cabalgaba dos motos: una burra y una Harley Davison que fue con la que, según él, me conquistó.

Yo estudiaba letras en Valparaíso y me había venido de mi acogedora casa en Punta Arenas para acomodarme en una pensión del puerto. Ahí conocí a Alfredo, porque él llegaba como visita del dueño. En ese tiempo yo cantaba de lo lindo porque pertenecía al coro de la universidad.

Cuando vi a este hombre con el desparpajo metido en el alma me provocó lástima. Pobrecito, decía yo, no sabe para adónde va. Nunca ha terminado una carrera, es locateli y mujeriego para remate. Ni lo coticé en lo más mínimo. Mis ojos estaban puestos en el belga aquél que encarnaba todos los sueños pequeño burgueses.

En cierta fiesta una amiga me preguntó por el mino estupendo de la moto que iba a mi pensión y yo le sugerí que no lo mirara mucho, porque

no tenía futuro, porque era demasiado loco. En verdad, le dije eso, porque yo ya le había puesto los ojos encima.

Hasta que un día en la playa me saqué el gusto. Atiné firme con Alfredo y después llegué con cara de santa donde mi belga. En esa dualidad, estuve dos meses. Me sentía tremendamente traicionera, y juraba quinientas veces de guata que nunca más iba a mirar para el lado. Pero cuando veía a Alfredo, las promesas se iban por el Marga-Marga.

Tuve que decirle al belga que me había enamorado de otro y me fui a Punta Arenas a meditar el nuevo rumbo de mi vida. Lo único que saqué en claro es que no podía seguir calculando el futuro, y con esa conclusión me vine de vuelta.

Para suerte mía Alfredo se enrioló. Al mismo tiempo que disfrutaba del Trabajo Social como carrera, se entusiasmó con la política. El 71 nos metimos juntos al MIR y como un terremoto había dejado para la historia mi departamento, nos fuimos a vivir juntos a una casa que su hermano se había conseguido en la CORVI. Muy pronto partimos a casarnos por el

civil en la moto de Alfredo. Y a la luna de miel partimos en patota con unos amigos a instalarnos en carpa. Después -eso sí- nos mandamos a cambiar al norte, en moto por supuesto. Y después los lindos nos fuimos a Europa con el coro de la Católica, al que también ingresó Alfredo.

Al año, nos reposamos. Alfredo y yo pusimos cara de profesores y nos contrataron como tales. Hasta empecé a considerar un poco locos a los de MIR, un tanto irresponsables en sus movimientos, una manga de insensatos que no medían sus actos.

Con el Once de Septiembre de 1973 se vino el mundo abajo. No llegamos a nuestra casa, a Alfredo lo echaron de la pega y se convirtió en un niño. Me pedía cariño, estaba muy inseguro, tenía mucho miedo, se escondía hasta de él mismo. Sólo en Febrero consiguió una pega como “capataz de obra” y eso le absorbía todas las energías, así es que la depresión se fue por la ventana.

Din don. Un día tocan el timbre y se asoma un joven muy bien vestido. Qué raro, pensé yo, a nuestra casa sólo venían hippies y obreros.

Ya, Silvia, déjame entrar. Era un amigo obrero que venía camuflado para convencer a Alfredo que se metiera con tutti de nuevo al MIR. Algo más me pareció que venía con esta visita, en ese momento no sabía, ahora sí.

Nuestro amigo le aseguró a Alfredo que la situación estaba bajo control, que no tuviéramos miedo, que no abandonáramos la causa, que nos necesitaban. Y como Alfredo era re engrupido con el tema, se lo tomó a pecho y retomó su férrea militancia.

Incluso yo fui a algunos puntos, pero cuando supe que venía una güagüita a nuestra vida, paré la cuestión. Estaba aterrorizada. Me daba pavor hasta estornudar para no llamar la atención. Me hubiera gustado haberle preguntado a Alfredo si yo era tan importante como La Revolución, si no pensaba en nuestro futuro, en nuestra alianza de vida, en el hijo que venía.

Nunca le dije ni lo hostigué con mis angustias. No podía hacerlo – pensaba yo- porque la lucha popular era su ancla en la tierra. Si pudiera retroceder el tiempo, le hubiera rogado que por favor no se metiera en nada,

que cuidara el tiempo que teníamos por delante. Que se cuidara. Pero en esos años no medíamos nada. La vida era la vida, nada más.

Y la vida se vino a mi vientre. Pensábamos con fervor en el nombre que le íbamos a poner a nuestro hijo. En su familia habían cinco Alfredos, el tatarabuelo, el bisabuelo, el abuelo, el padre, y Alfredo, así es que era inevitable seguir la tradición –a mí me encantaba su nombre, por lo demás– pero el me aseguró que esa repetitividad era falta de imaginación. Le íbamos a poner Alfonsina si era niña, Alejandro si era varón. Pero cuando nació el niño, hasta ahí no más llegaron los nombres porque partió a inscribirlo y cuando llegó, confesó con cara de culpa cuando le pregunté ¿cómo le pusiste?

Dieciocho días después lo tomaron preso y yo me quedé con mi Alfredito en los brazos y con tal pánico en las venas que se me corto el habla. Sabía que estaba cayendo gente, pero ¿porqué Alfredo?

Había salido a encontrarse en un “punto” con gente del MIR. Desde la moto me sacaba pica con un gesto de su mano en la nariz. “Leru leru”, se

burlaba de mi nueva vida como madre abnegada. Eran las doce del día, dijo que e iba a volver con empanadas, porque íbamos a almorzar en Con Con. Yo me puse bonita esperándolo para salir.

Durante ocho meses no tuve el valor de mirarme al espejo. No podía respirar. Podría haberme borrado con un Valium, pero estaba amamantando. Tampoco le hacía bien a mi güagüa sentirme tan angustiada. Medía mis nervios.

A los tres meses tomé mis cosas y me vine a Santiago. Venía tan sola. Ni los parientes se ofrecieron para ayudarme con los bolsos. Yo pensaba que todos tenían que llorar conmigo, que la gente de la calle tenía que adivinar mi sufrimiento. Nunca fui rica, pero me sentía miserable subiéndome a las micro llenas. Yo siempre anduve en moto, no sabía lo que era apiñarse por llegar a un lado. Lloraba hasta porque no me daban el asiento. En mi tragedia me aferré a un diario de vida que escribía para cuando volviera Alfredo, pudiera leer cada uno de los detalles del crecimiento de nuestro niño. Le inventaba canciones de cuna a mi güagüita, pero ese arrurú me salía más como una plegaria de sepulcro. Me sentía una

muerta caminando, pero igual sacaba fuerzas de mi velorio interno para buscar por cielo mar y tierra al padre de mi hijo. Supe de él por un chiquillo que había estado en Villa Grimaldi, supe también que habían visto su moto en Colonia Dignidad. En esas averiguaciones conocí a José Carrasco Tapia, que era dirigente del MIR y me ayudaba con las diligencias.

Tejía como loca mientras esperaba datos sobre su paradero. Empecé un jersey para Alfredo pero tuve que desarmar cada uno de esos puntos cuando publicaron la lista de los 119 “terroristas” muertos. En medio de esos nombres estaba su nombre, el mismo nombre que lleva mi hijo. Con esas letras se me fue la esperanza y mientras deshacía el chaleco se me iban destejiendo los ojos.

Por cada año que pasaba yo pensaba que no iba a tolerar otro igual. Estaba muy sola. Si seguía así o me iba a volver loca o iba a terminar suicidándome. La muerta era yo, en ese tiempo. Así es que tomé la decisión.

No me atrevía a decirle a mi suegra que había decidido aferrarme a un hombre para rearmarme como persona. Pero le dije y con el tiempo me entendió. Yo nunca volví a amar a nadie como Alfredo, pero José Carrasco fue un padre inigualable para mi hijo. Lo amó más que a mí y Alfredito creció con esa figura inteligente y con esas ideas de la consecuencia llevadas hasta al final. Con Pepe vivimos en Venezuela y en México. Dicen que era súper mujeriego, que le sobraban las minas y yo ni me daba cuenta (aunque lo quiero mucho todavía no se lo perdono). Le agradecía que me acompañara, que me ayudara con el tema de Alfredo, que me resucitara y que amara a mi hijo tanto como si fuera uno de los suyos.

Pero como si no me hubiera bastado, después de vivir diez con él, también me lo arrancaron. Se lo llevaron de la casa matándolo con saña. Mi pobre hijo vio a su “padre” muerto, sangrando, fue muy valiente.

Es cierto que yo pasé muchos años con Pepe Carrasco, más que con Alfredo, pero ese muerto no es mío. Le estoy infinitamente agradecida, pero mi verdadero amor fue ese hombre de la moto que partió con la risa de sus 27 años y un pedazo de mi cuerpo. Toda la vida me ha costado

recuperarme de esa estocada. Nunca más pude tener un hijo, incluso aborté cuando me vi embarazada.

Para mi hijo, “su viejo” fue el Pepe. Para el Pepe, su hijo fue Alfredo porque aunque tenía otros retoños, nunca fue tan cercano con ellos. Alfredito le dijo primero “tío Pepe”, después “Pepe”, luego “Papá” y por último, “Mi papá”.

Yo he ido a los actos en que homenajean al mártir de los periodistas, lo recuerdo con infinito cariño, pero no me pidan que cargue con su memoria. Él fue un hombre público, tiene tantos deudos... a mí déjenme con mi muerto anónimo, que apenas tenía idea de lo que era el MIR, que nunca fue dirigente de nada y que no supo que toda la vida lo seguiré esperando y que cuando muera estaré feliz de irme a su lado.

ANEXO

SOBREVIVIENTES

Los siguientes historias ocurrieron en el huracán de la maldad. Dos parejas víctimas de la tortura se las ingeniaron para verter amor cuando todo era odio y masacre. Sólo las mujeres vivieron para contarlo.

Un mirlo trina desde un árbol en Villa Grimaldi. Mientras tanto, los nervios de un hombre se trizan cada vez que el ave entona un nuevo y prolongado canto. Desesperado, se encarama a una rama con la intención de atrapar al pájaro. Pero una vez que consigue estar a un metro de distancia de la víctima, ésta se escapa más alto y sigue cantando. Frenético, el hombre emprende con insistencia la caza, esta vez con más furia. Y así durante tres horas. Hasta que tras arduos intentos consigue tener al mirlo entre sus manos. Lo revienta, lo tira contra el piso y lo aplasta con su bototo derecho al mismo tiempo que limpia la sangre que empapa sus manos, en la rústica tela de su uniforme. Por fin este hombre, miembro del equipo de tortura en Villa Grimaldi, puede respirar satisfecho.

Al ver la escena anterior a través de un sucio visillo, Gabriela Salazar Rodríguez, estudiante de la Facultad de Ciencias de la U. de Chile se estremece en la celda que ocupa hace un par de meses, cuando Miguel Krasnoff Marchenko y Moren Brito ordenan a Basclay Zapata, Tulio Pereira y al “muñeca” que la detuvieran junto a su marido, Hugo Urrestarazo y la madre de éste en la calle Agustinas con Brasil.

“Yo tenía la certeza de que iba a morir desaparecida, toda la gente que detenían en ese tiempo iba para eso. Anotaron mi identidad y me mandaron ‘directo a la parrilla’, como decían ellos. Un día me interrogó Krasnoff Marchenko y me calificó como parte de los extremistas peligrosos, que de pronto se convertían en médicos, científicos o artistas, pero que para él seguían siendo unos asesinos destructores de la nación que merecían morir”, resalta esta detenida que logró sobrevivir a la masacre.

TRAS LAS VENDAS

Sin ver, los sobrevivientes, vieron. A pesar de que a la mayoría se les vendaron los ojos, ellos se las arreglaron para inclinar la cabeza y husmear por un resquicio de la tela o para aguzar otros sentidos y mantener la información en esa memoria que posteriormente les sirvió para reconstruir los distintos escenarios en que se urdió la macabra historia de este siglo que pasó.

“Osvaldo Romo, Gerardo Godoy, Marcelo Moren Brito, Miguel Krasnoff Marchenko más una treintena de hombres, irrumpieron en nuestra casa llevándose a mi marido, Alfonso Chanfreau una noche de junio de 1974. A las pocas horas vinieron por mí. Me llevaron vendada a un lugar y pude ver –echando la cabeza hacia atrás- a un montón de personas vendadas igual que yo con pedazos de tela blanca o con frazadas cubriéndoles el rostro”, relata Erika Hennings Cepeda cuando rebobina el tiempo y entra por vez primera al edificio ubicado en Londres 38.

En otro lugar del país, en esos mismos años, la noche se había tendido. Cuatro Álamos había sido un seminario, por lo que era un recinto largo y más oscuro de lo habitual. Luego de varias semanas Gabriela Salazar había logrado ubicar a su pareja: Hugo Urrestarazo. Ella estaba encerrada en una celda contigua a la de los guardias –en Villa Grimaldi también le habían asignado esa ubicación- y Hugo, en silencio, permanecía unas rejas más allá. Cuando encendieron la luz, Gabriela descubrió que se proyectaban las sombras al final del pasillo, así pues, se dispuso a “conversar” con Hugo a través del lenguaje de los sordos proyectado en la muralla última. Los que sabían de esos gestos, cada noche se enteraban –en un noticiario improvisado con sombras- de la liberación de Vietnam y de las personas que salían o entraban de Cuatro Álamos.

Otra forma que adopta el recuerdo para describir ambientes es remitirse al sabor. Así; pan, leche, cáscaras de papas, porotos, cazuelas, postres y carbonadas se convierten en foto de esas mansiones siniestras de las que pocos lograron salir. El menú de la dictadura variaba según el recinto, pero generalmente se habla de una muy buena comida, en contraste con la inapetencia de las personas que salían de una sesión de tortura.

“Curiosamente, en el período en que yo caí, nos daban muy buena alimentación. Era un cuadro absurdo ver a los comensales con la cara reventada en sangre tragando una muy bien preparada cazuela de ave y un flan de vainilla. Te masacraban como un animal y luego te agasajaban con tomates rellenos. Yo decidí no comer más. Hice una huelga de hambre en Villa Grimaldi, porque si seguía comiendo lo único que les podía garantizar era seguir viviendo y que me siguieran torturando”, reclama Gabriela Salazar.

Por su parte, Patricio Guijón, el ex médico de Allende que hoy vive en Putú, se relamía de las legumbres que todos los días le daban en Isla Dawson. Según él, los cocineros de la armada tenían muy buena mano, así que los porotos eran todo un banquete. Él dejaba limpiecito el plato que le servían.

Diferente era la relación con la comida que adoptó Erica Hennings. Ella, más sutil que Guijón, aún recuerda la mitad de pan con que esperaba a

su marido, Alfonso Chanfreau, cuando éste se libraba de la masacre desatada por Osvaldo Romo en Londres 38.

“Nos ponían a todos en una sala común, desencajados de dolor. A veces pedíamos agua. O permiso a un guardia para compartir un cigarrillo entre veinte bocas. Cada día le guardé la mitad de mi pan a Alfonso, que bajaba desecho, con la idea de que iba a morir, luego de que Romo y los suyos sacaban sus ganas psicópatas de ver cómo la electricidad azotaba los cuerpos”, acusa la mujer de Chanfreau mientras su memoria reconstruye la casa donde olió por última vez a su esposo; le dio el último beso; guardó las caricias encargadas a Natalia, la hijita de ambos y se ilusionó con las promesas de un futuro mejor juntos, hasta que vio perderse por la calle Londres, al camión que llevaba a su marido a un destino incierto, desde el que nunca más le permitieron volver.

“Nosotros éramos ese mirlo, porque cualquiera que cantara más de lo prudente, cualquiera que aleteara con plumas de colores, que trinara ideas distintas y usara encaramarse al cielo, tenía que morir reventado en las

manos de aquellos que vestían de uniforme. Pero la maldad no puede triunfar y algunos pocos quedamos vivos para contar este mal cuento”.

EPÍLOGO

En esta tesis se abordó el problema de los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos de manera que los familiares, (relatores fundamentales de estas crónicas) se alejaran del discurso macabro que se les ha obligado a repetir en infinitos interrogatorios, donde se les hace recordar y repetir pasajes de tortura y sangre para llegar a un posible esclarecimiento de lo que pasó con los seres que amaban. Ese trámite le pertenece a la justicia chilena. En este trabajo, sin renegar de la memoria sana -que no olvida aunque quiera el dolor de sus semejantes- se viajó por otro laberinto. Para conseguirlo, fue preciso destejer las madejas del recuerdo sobre el período que se sitúa antes del Golpe de Estado y sus vergüenzas (excepto Cristián Varela que fue ejecutado en plena democracia por aborrecer el Golpe). No se vació sangre sobre los textos, sino que se tiñó de colores gracias a ese espíritu de época que marcó a los idealistas jóvenes del 60 y del 70, luego amordazados, desaparecidos y ejecutados. Las historias individuales generalmente desembocan en la tragedia, es el final abrupto del Amor por culpa de la Historia escrita con mayúscula. El epílogo de estos cuentos ya

sabemos dónde encontrarlo: en Cuesta Barriga o en ese mar que tranquilo nos baña si es que la verdad sale por fin de la boca verde militar.